





Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
Princeton Theological Seminary Library

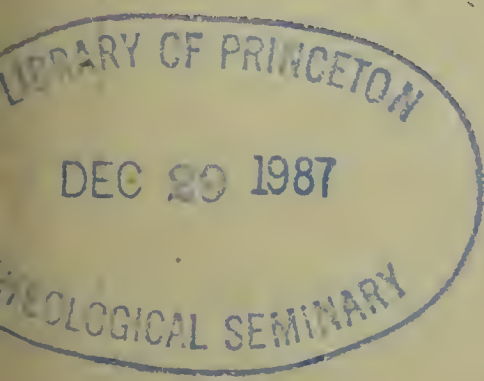
<https://archive.org/details/estudios1112unse>

LAY

# ESTUDIOS

FRANCISCO VIVES: "LAS BASES DE UNA POLITICA CRISTIANA SEGUN PIO XII". — ARMANDO ROA: "NATURALEZA DE LA GUERRA E IDEA DE EUROPA". — ALFREDO LAGE: "EL SENTIDO APOCALIPTICO DE LA HISTORIA".

ALFONSO BULNES: "UN CUARTO DE HORA CON PEREZ ROSALES". — RICARDO ASTABURUAGA ECHENIQUE: "APUNTES SOBRE TRES NOVELISTAS SUDAMERICANOS". — LUIS SABATINI: "MEXICO Y AMERICA EN VISION DE LAWRENCE". — LA AGUJA DEL TIEMPO. — CRISTAL DE LIBRERIA.



121-122

[No. 120 unavailable]

**ESTUDIOS**  
Mensuario de Cultura General

Director:  
**JAIME EYZAGUIRRE**  
Casilla 13370  
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS .. . . . .	\$ 55.—
” ” ” ” EXTRANJERO .. . . . .	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO .. . . . .	\$ 5.—
” ATRASADO .. . . . .	5.60

**ADMINISTRACION**  
HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189  
SANTIAGO DE CHILE

AÑO XI — N.os 121-122

FEBRERO-MARZO DE 1943

**A LA HORA DE ONCE**

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y  
AGRADABLE EN

**“ LA NOVIA ”**

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

**“EL IMPARCIAL”**

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67.

# INDICE

## ENSAYOS

	Pág.
"LAS BASES DE UNA POLITICA CRISTIANA SEGUN PIO XII", por Monseñor Francisco Vives ... ..	4
"NATURALEZA DE LA GUERRA E IDEA DE EUROPA", por el Doctor Armando Rea ... ..	9
"EL SENTIDO APOCALIPTICO DE LA HISTORIA", por Alfredo Lage ... ..	21

## LETRAS Y CRONICA

"UN CUARTO DE HORA CON PEREZ ROSALES", por Alfonso Bulnes ... ..	42
"APUNTES SOBRE TRES NOVELISTAS SUDAMERICANOS", por Ricardo Astaburuaga Echenique ... ..	48
"MEXICO Y AMERICA EN VISION DE LAWRENCE", por Luis Sabatini ... ..	57
LA AGUJA DEL TIEMPO ... ..	63

EL PAISAJE DE LAS LETRAS: "El Papa del Ghetto", por Gertrudis von Le Fort, pág. 66.

CRISTAL DE LIBRERIA: "Catalina de Aragón", por Garrett Marttingly, pág. 70. — "La idea de una sociedad cristiana", por T. S. Eliot, pág. 71. — "Lord Cochrane", por Enrique Bunster, pág. 72. — "Al asalto a los polos", por Roger Verceel, pág. 73. — "Juan en China", por Erik Linklater, pág. 73. — "Manual de Sociología", por Morris Ginsberg, pág. 74. — "Ránquil", por Reinaldo Lemboy, pág. 75. — "La Iglesia en las encrucijadas de la historia", por Godefroid Kurht, pág. 77.



## GRANDES

## BIOGRAFÍAS

Lord Cochrane, por Enrique Bunster ... ..	\$ 40.—
Alejandra Feodorovna, por Maurice Paleologue ..	8.—
La vida de Gabriele D'Annunzio, por M. Giannan- toni ... ..	30.—
Luis XIV, por Louis Bertrand ... ..	15.—
Luis XV, por Alfred Leroy ... ..	15.—
La reina María Antonieta, por Pierre de Nolhac	12.—
La vida de Pedro el Grande, por Georges Oudard	15.—
Wellington, por Philip Guedalla ... ..	50.—
Bolívar, por Ph. Marshall y John Crane ... ..	20.—
Federico el Grande, por W. F. Reddaway ... ..	15.—
Franco, por Joaquín Arrarás ... ..	10.—

A LA VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS

A PROVINCIAS REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO, SIN  
GASTOS DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR.

**Empresa Editora Zig-Zag, S. A.**

CASILLA 84-D

SANTIAGO DE CHILE

## **Ensayos**

### **“LAS BASES DE UNA POLITICA CRISTIANA SEGUN PIO XII”, por Monseñor Francisco Vives.**

Lo que S. S. el Papa ha hablado al mundo en la última Navidad.

### **“NATURALEZA DE LA GUERRA E IDEA DE EUROPA”, por Armando Roa.**

Desde un punto de vista muy personal y novedoso se analiza el significado profundo de las guerras y las direcciones de la cultura europea.

### **“EL SENTIDO APOCALIPTICO DE LA HISTORIA”, por Alfredo Lage.**

El cristiano es un sujeto de la esperanza y no debe confundirse con el optimista burgués.

Menseñor Francisco Vives.

## LAS BASES DE UNA POLITICA CRISTIANA SEGUN PIO XII

Cada año, en la festividad de Pascua de Navidad, S. S. Pío XII ha dirigido al mundo una alocución doctrinal.

En el año 1939 fijó las bases de una paz justa en cinco puntos, que han sido señalados por los más eminentes internacionalistas como la expresión más sabia del recto orden internacional.

En el año 1940, el Pontífice, con serena energía, insistió sobre el espíritu de la paz: el requisito indispensable del mundo nuevo —dijo— supone el triunfo sobre el odio, que es hoy la causa de división entre los pueblos . . . el triunfo sobre la desconfianza que hace imposible realizar ningún acuerdo sincero . . . el triunfo sobre el triste principio de que la utilidad es la ley básica de los derechos y que la fuerza confiere derecho . . . el triunfo sobre los gérmenes de conflicto que consisten en una diferencia demasiado estridente en el campo de la economía mundial y por fin, el triunfo sobre el espíritu de frío egoísmo que conduce no sólo a la violación del honor y la soberanía de los estados, sino también llega a obrar contra la justa y disciplinada libertad de los ciudadanos.

\*

\*

\*

En la alocución de 1942, el Papa, fiel a su pensamiento, —la imposibilidad de una paz sólida y justa, si no va precedida del orden interno de las naciones— nos da las bases insustituibles de la recta organización política.

Naturalmente, no descende a detalles técnicos de orden meramente político; se limita a señalar las grandes líneas y el espíritu que deben informar la vida social.

Es algo evidente, que no deja de captar ningún hombre culto, que todos los estados dolientes de las



sociedades humanas nacen del predominio de errores de mayor o menor importancia en el orden jurídico y moral, por eso, la primera tarea del Pontífice será mostrarnos los errores que provocan la anarquía y el desorden.

Olvidado el fin primario de la vida social, es decir, "la conservación, desarrollo y perfección de la persona humana", se ha caído en los errores funestos de la etapa totalitaria, que es la consecuencia política de la doctrina que pretendió subordinar la vida ciudadana "a los estímulos del lucro". El segundo error que considera a cada persona y cada cosa con referencia al Estado, es más grave, porque excluye deliberada y conscientemente todo pensamiento de ética o de religión. Nunca podremos calcular el significado que ha tenido para las sociedades humanas el negar u olvidar la fuente eterna de la dignidad humana: Dios.

Cuando se proclama los derechos del hombre sobre la autonomía absoluta de la libertad humana, cuando se busca la paz y la fraternidad prescindiendo de Cristo y de su ley de amor, cuando se pretende combatir el mal pura y exclusivamente con los medios externos, cuando —en fin— se busca la igualdad sin la justicia, en lugar de construir se destruye, se realiza una apariencia de orden muy lejano de aquella "tranquila convivencia en el orden" en que Santo Tomás encuentra la esencia de la paz.

Además de la sólida consistencia interna, se necesita que la apoye exteriormente un orden jurídico. La función de este orden, dice Pío XII, no es dominar, sino servir, ayudar al desarrollo y al "incremento de la vitalidad de la sociedad en la rica multiplicidad de sus fines, conduciendo todas sus energías individuales a su perfección en una pacífica emulación, y defendiéndolas con los medios legítimos y adecuados, de todo lo que pueda militar en contra de su plena evolución".

Esta finalidad podrá lograrse si los legisladores se abstienen de la peligrosa teoría que como el positivismo jurídico atribuye una majestad falaz al establecimiento de leyes puramente humanas y que deja el camino abier-

to al funesto divorcio entre la ley y la moral; de la concepción que afirma para las naciones, razas o clases particulares el instinto jurídico como la norma e imperativo final ante el cual no cabe apelación y la no menos funesta que pretende considerar al Estado o al grupo que lo representa como una entidad absoluta y suprema, exenta de la vigilancia y de la crítica, aun cuando sus postulados teóricos y prácticos acaben en la franca negación y en la violación de los valores esenciales de la conciencia humana y cristiana.

\*  
\*      \*

Hay en la alocución papal un llamado a la unión de los hombres maduros y de los jóvenes que no podemos silenciar: "Cuando los hombres maduros y los hombres jóvenes, en tanto permanecen anclados en el mar de la siempre eterna y activa tranquilidad de Dios, coordinan sus diferencias de temperamento y de acción, en un genuino espíritu cristiano, si el elemento impulsor se une al elemento moderador, entonces las naturales diferencias entre las generaciones nunca se convertirán en peligrosas y conducirán más bien, con vigor, al robustecimiento de las leyes eternas de Dios en el cambiante curso de los tiempos y de las condiciones de la vida".

\*  
\*      \*

Fiel a sus anteriores enseñanzas y a las de sus predecesores, el Papa no deja de pedir una más justa retribución de la riqueza.

"La Iglesia, dice, no puede ignorar o tolerar el hecho de que el trabajador, en sus esfuerzos por mejorar su condición, se estrella ante una maquinaria que está, no sólo en contradicción con la naturaleza, sino también en oposición con el plan de Dios y con los propósitos que El tuvo al crear los bienes de la tierra".

Estas graves palabras son familiares a los lectores de los escritos de S. S. Pío XII. En la Encíclica "Ser-

tum lacticiae" dirigida a los católicos de Norte América, les decía: "es punto fundamental de la cuestión social que los bienes creados por Dios para todos los hombres sean participados por todos, según los principios de la justicia y de la caridad".

El Pontífice no sólo se limita a proclamar el derecho al uso de los bienes de la tierra, sino que también pide a la legislación positiva que regule la propiedad privada y aun, "cambiar o restringir más o menos su uso", para evitar el mayor daño social, "una esclavitud irreconciliable con los derechos de la persona".

\*  
\*       \*  
\*

En todas las enseñanzas de la alocución pontificia está palpitante y viva la tradicional doctrina católica sobre la persona humana.

La persona humana es el núcleo vital de la sociología cristiana.

La persona —y sólo ella— existe completa en sí y existe además, para sí y para su fin último.

Nadie puede dejar de reconocer que en los grandes desórdenes sociales e internacionales de nuestros días, el hecho más triste es la mínima estimación de la persona humana.

El gran escándalo de nuestra historia contemporánea es la absorción, en la máquina estatal y económica, del hombre; del hombre que perdió la conciencia de sí mismo, del hombre "precio" carente de dignidad.

"Parece —dice Carrel— que la organización moderna de los negocios y la producción en masa son incompatibles con la persona humana. Si así fuere en realidad, es la civilización moderna y no el hombre la que debe sacrificarse".

La concepción cristiana del hombre nos da la luz definitiva sobre el problema.

Para nosotros, el hombre —creatura de Dios— fué elevado a la dignidad de hijo de Dios, co-heredero de Jesucristo y destinado a la vida racional y social, porque esta vida forma parte de los designios eternos y "se en-

camina esencialmente allá donde en el Eterno amor ha de durar en inmortal bienaventuranza”.

La salvación personal es lo único necesario y para asegurarla hay que aceptar todos los sacrificios.

El hombre tiene un fin en sí mismo, además derechos y deberes que ninguna institución humana puede desconocer.

La Iglesia ha defendido siempre este primado de la persona humana. Los mártires, al oponerse a la tiranía, prefirieron morir antes de renunciar al derecho de dirigir su vida personal conforme a la ley divina y a su conciencia.

Pero la Iglesia no es individualista; si la salvación es personal, sin embargo, no podrá alcanzarse sino con el doble amor de Dios y del prójimo. Toda la ley y los profetas están condensados en la enseñanza de Jesucristo: “Amarás a Dios con toda tu alma . . . y al prójimo como a ti mismo”.

La Iglesia es la gran escuela de la más generosa y vivida fraternidad: las lecciones y ejemplos de su fundador, sus doctrinas sobre el origen del hombre, su dogma de la comunión de los santos y del cuerpo místico, su culto y su oración, la constituyen en la grande y única Maestra de la vida social e internacional.

Por eso el Papa propicia como puntos fundamentales para el orden y la pacificación de la sociedad humana: a) devolver a la persona humana la dignidad que le fué dada por Dios desde el principio; b) oponerse al excesivo amontonamiento de los hombres como si fuesen masas sin alma; c) a su inconsistencia económica, social, intelectual y moral; d) a su falta de sólidos principios y convicciones profundas, y e) a su hartazgo de excitaciones sensibles del instinto y a su inconstancia.

Que estas breves líneas nos sirvan de introducción al estudio de uno de los documentos pontificios de mayor importancia; en él encontraremos las bases para reconstruir y restaurar la ciudad del mañana, donde “los hombres, llamados todos a ser vivificados por la gracia de Jesucristo, respirarán el sano y vital aliento de la verdad”.

Dr. Armando Roa.

## NATURALEZA DE LA GUERRA E IDEA DE EUROPA

En la perspectiva oscura de la historia, en esa trágica lucha entre Dios y el príncipe de este mundo que evidencian el ritmo agónico de los pueblos y las culturas, la guerra como todo acontecer humano, pero más que ningún otro, lleva el signo supremo de la contradicción: aparece creadora y destructora de nuestro bien. En el pasado, cada guerra trastornó el fondo mismo del espíritu. Las Guerras Médicas, Púnicas, de Cien Años, de Treinta Años, de la Revolución y del Imperio Napoleónico, equivalen a direcciones diferentes de la historia, a un nuevo sentido cósmico, a otras realizaciones de la civilización. Esto indica que una guerra trasciende del orden moral en el que siempre se la ubica; está más allá del puro plano de lo justo y de lo injusto. Cuando se discute la justicia de tal o cual bando y se ponen en juego causas económicas, sociales, políticas o de seguridad militar, se presupone en ambos igualdad de condiciones metafísicas, el mismo modo de ver y vivir el ser, reduciendo toda diferencia a cuestión de cantidad: adquirir más tierra, mercados de consumo, repartir el exceso de población, etc., criterio que hace de toda guerra una clara lucha de imperialismos, sin participación de la estructura humana misma; que suprime toda dimensión hacia lo hondo y que es en suma absolutamente anti-histórico. La justicia verdadera involucra lo material, pero también el valor de las realidades metafísicas, de las vivencias culturales. En una guerra se gana o se pierde todo esto. En las del pasado, los pueblos vencedores impusieron su "mando" a los otros; los vencidos desaparecieron como entidades políticas y culturales, y lo que es más de meditar, muchas veces se respetó su integridad política —como en la Europa moderna—, pero se extinguieron en sus fuentes creadoras. Las estructuras político sociales realizan en lo visible el contenido esencial más profundo y no se puede ir contra aquéllas, sin destruir su raíz verdadera; a la inversa, es posible, una vez desaparecida ésta, que persista aquélla por mucho tiempo, como forma muerta o

la vestimenta de un cadáver; así Francia después de 1815. Cuando Grecia, Cartago, Roma, los Hapsburgos (guerra de 30 años) fueron derrotados, el poder creador de sus pueblos se apagó para siempre. Una guerra supone en un grupo de hombres, en un pueblo, la necesidad imperiosa de imponer cierta categoría de valores, identificados por ellos con la verdad y el bien; y éstos valores priman en el instante sobre la existencia individual misma, puesto que la alternativa de la guerra es morir o realizarse en función de ellos. Esta realización puede exigir en el orden de lo concreto: la posesión de nuevas riquezas, coincidir los fines político-sociales con los de los pueblos vecinos; igualar las organizaciones internas, aceptar el mismo idioma y las mismas concepciones teóricas, etc., y esto tanto más intensamente, cuanto que el destino de un pueblo es cada vez más solidario del destino de los otros.

Es necesario recordar que esta refracción terrestre de las categorías espirituales adquiere tal ritmo de fuerza y violencia cuando la cultura de un pueblo ha llegado a su punto álgido, cuando está cristalizando todos los contenidos de sus intuiciones más profundas. La suma del poder material coincide siempre con la suma del espíritu. Los grandes imperios han llegado a su apogeo en la edad de oro de sus culturas. Egipto, Grecia, Roma, Francia, España e Inglaterra son, entre otros, ejemplos clásicos. La caída del poder creador ha coincidido con su desintegración política. Demuestra poca intuición histórica quien dice: Este pueblo posee el máximo de poder militar, porque es un pueblo de bárbaros. Por el contrario, es signo inequívoco de debilidad material estar al margen de los grandes movimientos del espíritu, es el caso de Sud-América.

Tales errores vienen de una falsa concepción de la esencia metafísica del hombre. Unos la hacen puro espíritu, otros materia, y para los menos, es espíritu y materia, o en términos tomistas: forma sustancial y materia prima; pero aun estos últimos, confunden la eternidad negativa de estos principios —es decir, el hecho de darse siempre idénticos, cada vez que sean creados por Dios— con un reposo de muerte. El hombre inmóvil, es su estado más hondo, iría accidentalmente a la conquista del mundo. La cultura y el progreso dependerían de la relación ascendente hombre-mundo. El rit-

mo y la diferencia cualitativa de esas culturas, las razas, la historia en general, se hacen incomprensibles.

Nosotros suponemos un dinamismo dentro de la esencia misma; creemos en la eternidad negativa de los principios: espíritu y materia, pero los intuimos en un movimiento perpetuo y cambiante de conquista recíproca. Vemos en la materia prima un conjunto caótico de fuerzas (no damos sentido físico a esta palabra) que no puede existir en su puro estado de caos y en el espíritu humano un principio que sólo se desarrolla integralmente si coge y orienta aquellas fuerzas. Según el modo de tal orientación, resultarán las diferencias existenciales entre los hombres y los pueblos. La esencia idéntica en todos por los límites de sus principios constitutivos se realiza dentro de sí, en forma distinta. El tiempo es la exteriorización del proceso incesante de cada naturaleza por superar el dualismo de su ser.

El conocimiento supone identificación inmanente de sujeto y objeto, identificación que se hará en tal o cual grado, según el ser que en ese momento tenga nuestra esencia. Por eso, la actitud cósmica de cada pueblo es diferente en la medida que es diferente la realización de la materia prima por su espíritu, en igual sentido la actitud de uno es incomprensible en su fundamento íntimo, por el otro. El hombre contiene en grado eminente todas las perfecciones de las cosas materiales y por esto puede identificarse con ellas en el instante de conocer; es decir, el objeto se identifica con lo implícito que de él tenemos nosotros. De otro modo sería absurda la identificación entre cosas que no son idénticas. En este punto está todo el equívoco de Descartes, Kant y los filósofos modernos; no intuir la analogía del ser; olvidarse que el mundo está contenido en el hombre y en consecuencia, es posible el contacto verdadero entre el "yo" y "lo otro".

Un pueblo se separa de la masa primitiva cuando el espíritu empieza a explicitar su materia prima en una línea determinada. Va entonces, encontrándose con el ser, siempre por el mismo ángulo y cuando más tarde comparamos sus primeras producciones: mitología, supersticiones, danzas, etc., con las de su época madura, veremos reveladas en éstas, el contenido ya perceptible en aquéllas. La materia prima es el último grado del ser, es casi la nada, el espíritu debe bajar hasta

ella, elevarla hasta su propio grado para realizar sus riquezas ontológicas. Dada la miseria del principio material y el esfuerzo para elevarla y dejarla en condiciones de plasmar las perfecciones espirituales, toda vez que tiende de suyo al caos originario, se comprende que durante largas generaciones y en sucesión continuada el espíritu vaya aprovechando la mayor plasticidad material en un sentido, para continuar realizando en forma más intensa las mismas perfecciones de sus antecesores, aun frente al riesgo y a la angustia vital de dejar en penumbra perenne a las que aun permanecen implícitas en su seno. Cuando tal línea se agote, viene la caída de un pueblo o de una cultura. Realizar otros "sectores" de su ser supone plastificar de nuevo y en otro sentido su principio material. Cada pueblo, cada civilización es una o varias de las tantas líneas posibles.

Se comprende que el poder cósmico de un pueblo progrese simultáneamente en el orden de la inteligencia y de la acción y ahora superamos el dilema clásico de los europeos, el eterno "enigma" de sus teóricos: ni la fuerza material es engendrada por las ideas, ni vice-versa; no hay predominio causal de la supraestructura, ni de la infraestructura; ni idealismo hegeliano ni materialismo dialéctico: la idea y su encarnación contingente provienen de un tercer elemento, elemento olvidado por la Filosofía de la Historia: el hombre realizando progresivamente su esencia última y vertiéndose hacia afuera y al mismo tiempo, en ideas y hechos materiales. Comprendemos también por qué coincide el poder teórico con el político-social de las naciones. Cuando Francia era derrotada en esta guerra, muchos vieron los errores del Frente Popular o de la Tercera República, pero las inteligencias más hondas lo sabían desde antes: su poder creador de cultura estaba agotado más de un siglo: todo el pensamiento y la ciencia francesa del siglo XIX y XX se originaban en el pensamiento inglés o alemán de estos siglos; no tiene ya un genio de magnitud propia que oponer a Hume, Kant, Marx o Nietzche. Si exceptuamos a Pasteur, los grandes postulados de las ciencias se forjan más allá de sus fronteras, a pesar de sus físicos y matemáticos que no hicieron más que cooperar a tales orientaciones y cuyos descubrimientos cayeron dentro de ella.



La intuición del ser, en cuanto tal, es siempre verdadera, pero como nuestra inteligencia exige de suyo vertir la intuición en un concepto que permite delimitarla y expresarla ya a la propia conciencia, ya a las ajenas, vive al borde del error. Todo error se origina en el proceso de conceptualización; así las diferentes culturas, debiendo entregarse, por ser ángulos distintos de visión y realización, aparecen, a veces, antagónicas o con valor para sí mismas.

Un nuevo y más grande error puede surgir al realizar la voluntad sus aspiraciones sobre las cosas concretas. Estas aspiraciones, procediendo de la misma naturaleza, se asemejan en sus líneas fundamentales con las ideas de la inteligencia. Así la organización económica, social y política que en su "idea" íntima debiera corresponder al resto de las vivencias culturales, se traduce muchas veces en un orden práctico anti-humano. No hay ningún régimen condenable en la aspiración profunda que procura realizar; tampoco ninguno que sea el perfecto y único; cada estructura material es valedera y útil para el pueblo que la engendró en relación a su forma del mundo y al destino terreno del hombre. Es absurdo y arbitrario imponer algo legítimo y durable para una nación, a las otras que viven también su propio mundo. Ni el fascismo, ni la liberal-democracia, ni el socialismo ruso, tienen validez universal. Un ejemplo clásico es Sudamérica que en vano ha pretendido realizar la república democrática a la inglesa, con el resultado consiguiente: su transformación es factoría económica y política de Norteamérica, cuya ambición de dominio universal se nos obliga a seguir, sin interés alguno para nuestra intuición y vivencia del mundo que tiene caracteres propios, definidos e indelebles. Es innecesario señalar el mismo fenómeno si imitáramos los totalitarismos de Alemania y Rusia, tan anti-humanos como la pluto-democracia. Un pueblo vive libremente su destino y está seguro de cumplirlo cuando lo realiza hasta lo último, sin oír las voces de mercenarios que lo incitan a cambiarlo, para salvarse de un tercero; quien abandona su destino, su misión verdadera, por cualquier otro —la historia lo dijo siempre— va a la disolución, a la muerte.

La democracia inglesa, el nazismo alemán, el socialismo ruso, tienen elementos verdaderos y derivan lógicamente de la

naturaleza de esas naciones, pero se han plasmado falsamente, en abierta pugna con el cristianismo. Ya en su mundo teórico habían conceptualizado mal, dejando al hombre autónomo frente a Dios, negando a Dios y su creación, aniquilando toda la luz, la única luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: el Verbo de Dios. Es justo reconocer aquí, que de las tres, la rusa estuvo siempre más cerca de la verdad. Sus valores más altos: Puskin, Dostoiewski, Solovieff y Tolstoy, explican esa potencia actual tan extraña a la imaginación de los burgueses de Occidente.

La cultura lleva, pues, desde su origen el germen de su acabamiento: el error de la inteligencia al conceptualizar y de la voluntad al realizar. La voluntad es una facultad muy oscura; tiende siempre al bien y como tal, a algo concreto y existente. Por su esencia, apetece necesariamente el bien infinito y queda libre para todo lo limitado. El bien que apetece, sólo se realiza en Dios, pero no en el Dios "negativo y analógico" del concepto metafísico, sino en el Dios vivo, en el Creador, Salvador y Redentor del mundo. Aquel Dios metafísico es asequible a cualquier hombre; privado de "existencia positiva inmediata" capaz de llenar al espíritu, no lo liberta; este otro, el Dios de las Escrituras, sólo se da sobrenaturalmente, por la misericordia infinita del Padre y a través de la revelación del Hijo, Jesucristo. Es aquí donde la voluntad arrobada en un amor eterno realiza su libertad frente a la creación. Negando lo sobrenatural, los modernos eran lógicos al negar la libertad. Fuera de la Gracia, la libertad no existe; en el Seno de Dios se agota hasta lo absoluto.

Sin la luz del Verbo, la voluntad, siempre en busca del bien existente, caerá en el universo de la materia. La materia, lo más alejado de Dios, es el abismo oscuro desde donde mueve la historia, Satanás, príncipe de este mundo. La materia pura es impenetrable a la inteligencia y voluntad (el metafísico la coge indirectamente a través de las formas sustanciales, reflejos de las ideas divinas) —pero presenta un resplandor extraño y siniestro, el resplandor— las tinieblas de la Escritura, que proyecta el demonio desde su forma angélica, de suyo luminosa. Es esta luz demoníaca, de naturaleza superior a la de las formas sustanciales de cada esencia mate-

rial, la que lleva a ver y realizar falsamente, al espíritu humano. Anotamos de paso y porque nos parece fundamental para una interpretación de los pueblos, que aquellas culturas más orientadas hacia la materia pura como la asiria y las americanas —azteca, maya quiché, incaica— han sido terriblemente demoníacas. Los mitos, las guerras, las danzas, las esculturas están dominadas por el terror al poder del mal.

El hombre está conjurado e impotente ante los elementos de su cultura que lo encadenan al reino de las tinieblas. La libertad no puede liberarse de la atracción natural hacia ese mundo —donde en angustia creciente va adhiriendo a todas las concretizaciones de la materia— sino por la luz de Dios, que también se proyecta a la materia e ilumina los bienes concretos, pero desde las entelequias que representan los infinitos grados de participación de su naturaleza divina.

El poder fascinante de muchas obras de arte —fascinación que nos deja en suspenso y sin libertad— se debe a que el artista cogió el ser, no con su propia forma, sino con la otra forma superpuesta y más brillante del demonio.

Así va surgiendo la ambivalencia verdad-error, de nuestra historia, comprensible sólo por la Revelación y en especial por el grado de esa Revelación en cada alma, ambivalencia que acabará con el advenimiento de Cristo, claramente anunciado entre otras, en la parábola del trigo y la cizaña.

Llegados a la plenitud de su cultura, a la realización teórica del mundo en función de un grupo de hombres, surge el deseo vehemente de transformarlo todo en orden a ese mundo teórico, en donde se pone el supremo bien terrestre.

Como una cultura sólo es comprensible para el pueblo creador, los demás serán irreductibles a ella por la persuasión y la "buena razón" y menos comprenderán el régimen temporal que se derive; de ahí la necesidad de la guerra en la plenitud de las culturas, cuando los hombres cerrados a lo sobrenatural olvidan la difusión del bien por el amor y ven su fin último en la realización integral de sus ideales.

Es claro que nadie va a la guerra con el deseo consciente de imponer tal o cual noción teórica; esas nociones coinciden en ese instante con necesidades prácticas —económicas, sociales, políticas— semejantes en cuanto brotan de la esencia del

mismo pueblo y que son el móvil inmediato de la acción. Es necesario recordar siempre que cultura, no es erudición ni sabiduría, sino un modo existencial de plasmarse de la naturaleza del hombre; tan culto como el científico lo es el analfabeto y ambos llevan la misma angustia por ordenar al mundo en acuerdo consigo mismos.

La guerra es esa ilusión imperiosa de imponer a la materia la armonía del espíritu en contradicción con la armonía distinta de otros conglomerados históricos. La guerra se evita cuando se comprende el mismo derecho en los otros, cuando se toma a los hombres como personas, cuando uno mismo realiza su personalidad, pero esto sólo es posible en un clima de caridad, viviendo integralmente la vida de la gracia. Es terriblemente trágico ver a tantos cristianos buscando la Paz fuera de Dios, en alianzas con tales o cuales beligerantes y creyendo que la libertad depende, no de la verdad —en el sentido de la Escritura “La verdad os hará libres”— sino del triunfo de un grupo de pueblos que jamás han recibido de Dios la misión de representarlo en los negocios de este mundo. En el fondo de toda guerra, hay una apostasía y la de ésta es creer que la división entre las fuerzas del bien y del mal está hecha y el triunfo de una u otra, definitiva, en abierta oposición a la Revelación que promete esa separación para el día de la venida de Nuestro Señor, cuando la historia del hombre y de Cristo converjan a su fin.

En la guerra actual se juega el destino de Europa; los sistemas doctrinarios o económico-sociales son secundarios. Hay un cierto ritmo unificador iniciado en tiempos de Clodoveo y que nos hace considerar a Europa como un todo orgánico y solidario. No coincide con límites geográficos, ni períodos históricos; se quiebra cuando más atrás de Clodoveo o más acá de Pedro el Grande topa con Roma y Grecia clásicas y la Rusia moderna. Esta historia está determinada por una fe en el espíritu como ente simple, independiente de la materia, totalmente libre y capaz de crear al infinito y por la visión del ser como algo plástico, fragmentado en multitud de cosas diferentes, analógicas entre sí y penetrables y transformables en su esencia misma. Ni el oriental, creyendo sólo en una sabiduría esotérica y cerrado al conocimiento del mundo

que abandona por incomprensible, ni el sudamericano hermético dentro de su materia corporal, resbalando por sobre las cosas y cogiéndolas en su modo accidental o en su fisonomía exterior, pueden crear una historia como aquélla. La ciencia, el arte y la política de Europa, derivan de la creencia en la inteligibilidad del ser y de la posibilidad de transformarle, introduciendo formas nuevas. Aquí está la divergencia con el griego que creía conocer el mundo, pero en las Ideas puras (Platón) —el mundo mismo persistía irracional— y transformarlo, intercambiando de un ser a otro, formas substanciales persistentes, “entelequias” (Aristóteles) y dando siempre por eternos todos los elementos de la creación.

El europeo ha creído en la fuerza de las formas gastadas por el espíritu para imponer su dinamismo al ser, aun por sobre las fuerzas naturales que éste poseía, y así se ha propuesto dominarlo hasta el infinito. A la verdad en sí de Platón y los griegos ha opuesto la verdad de dominio; es verdadero cualquier elemento dado por el espíritu, siempre que opere positivamente en el fondo de la naturaleza. A tal fórmula verdadera se substituye otra en cuanto demuestra mayor eficacia. Se estudian las leyes del mundo objetivo, para purificarlas, mejorarlas o substituir las, dándoles la fuerza infalible del espíritu. El sabio, desde su gabinete y con unas cuantas fórmulas, puede mover el universo entero. Del mundo mismo sólo queda la materia, o sea, una fuente plástica de energía, en la cual operó “la verdad” o “la idea” del espíritu.

En el origen de Europa se encuentra ya una idea central: la esencia se distingue realmente de la existencia en toda creatura; eternidad de esencia no significa eternidad de existencia. Esta idea, ausente en todas las otras culturas, permitirá cambiar los fundamentos del universo, conservando el orden esencial metafísico, sin el cual el espíritu se anarquiza y se apaga; ha quedado libre frente a las existencias concretas, cuanto más perdurable eran las estructuras ontológicas.

El ruso está ausente de este dinamismo cósmico. Al mundo plástico y transformable por un espíritu autónomo y creador, enfrenta el ser tendiendo al caos y una inteligencia en esfuerzo perpetuo de salvación. No comprende la diferencia entre esencia y existencia; cada esencia en cuanto participa del ser, tiende con fuerza a existir; y sabe que si existieran

todos los grados del ser, se auto-destruirían, pues algunos son contradictorios. (1)

El ruso ve el ser de este modo y para él, la fuerza del espíritu es aniquilar la tendencia existencial de tales o cuales grados del ser para permitir la concretización de otros y entre ellos, del hombre mismo. La creación divina, no sería ex-nihilo, sino del caos. Desde la eternidad el ser se está destruyendo y de hecho es nada; Dios permite su existencia, reduciendo unas formas a ser asumidas en otras y ordenando el mundo. Esta tendencia perpetua al caos, por el amor de todo ser a la existencia, están genialmente instuídas en Mussorky y Stravinsky, Solovieff y Dostoiewsky.

Se comprende en un pueblo así, la tendencia a descubrir el orden político-social más perfecto dentro de un plano de salvación y no de mera creación como en Europa. Ya desde antiguo ha tendido a una vida comunitaria, a asociarse en monasterios, en órdenes mendicantes. Es una concentración de espíritus para vencer el caos. Los personajes de su literatura se deshacen en cuanto pierden el ambiente o el contacto con determinados hombres y Kiriloff, el único solitario, termina suicidándose.

Se ve clara ahora la impotencia del sistema liberal para dominar a Rusia y el paso directo del zarismo al comunismo marxista. El comunismo es el esfuerzo supremo por evitar el caos y es tanto más deseable cuando promete una etapa definitiva, una tierra libre de tendencias destructoras; la asunción unitaria de todas las antítesis en la última síntesis del ser, que afirmará entonces con libertad su verdadera existencia. En ese mismo sentido, había esperado antes con vehemencia el Reino de Dios por el cual velaba el Zar desde la ciudad santa de Moscou.

El comunismo es la tendencia lógica del pueblo ruso, pero la estructura marxista ha sido sólo la esperanza en un instante de apostasía y caerá tan pronto se transforme en mito la "última síntesis" que es una idea o meta teórica europea,

---

(1) Un ejemplo: el hombre contiene en su naturaleza las perfecciones del reino animal, vegetal y mineral, asumidas en una forma superior. Si cada una de ellas tendiera a existir y, a su vez, las sucesivas perfecciones que ellas también contienen y así en líneas descendente hasta llegar al infinito, ninguna existencia sería factible.

pero esencialmente anti-rusa. Esta exige un término inmediato a la historia, un fin real y libertador del caos, mientras el europeo tiende una línea indefinida al progreso en un ansia de vivir profundamente hasta el infinito. Por eso la idea del Reino terrestre de Cristo, aceptada por padres de los primeros tiempos de la Iglesia, desaparece desde San Agustín, el primer europeo.

La historia de Europa se divide en tres épocas fundamentales: la primera, desde Clodoveo al Renacimiento italiano; es la época latina simbolizada en tres personajes: San Francisco, Santo Tomás y San Luis; la segunda, de la Reforma al despotismo ilustrado, es el período anglo-sajón también simbolizado en tres personajes: Shakespeare, la reina Isabel y Newton; la tercera y última, se inicia con Federico el Grande; es el período nórdico o germánico, cuyo simbolismo debemos buscar en Goethe, Beethoven y Nietzsche. En cada período, la tendencia esencial bosquejada antes, adquiere una modalidad y orientación especial dada por un grupo de pueblos, frente a los cuales, los otros se constituyen en polarizaciones negativas.

En el período latino, el mundo material se da íntegro al hombre dentro de un espacio y tiempo objetivos. Cada ser tiene una duración y cantidad propias, pero no está encerrado en una estructura indeleble y definitiva como para el greco-romano, sino que se mueve a una realización integral de sus potencias; además, forma una unidad analógica con los seres de estructuras distintas. El hombre conoce su esencia y su existencia. Santo Tomás es la síntesis suprema de este período. Las mayores creaciones vienen de Francia e Italia; en el arte, la escultura y arquitectura que representan al ser dentro de un "espacio real" alcanzan su plenitud. La latinidad acaba en el Renacimiento. La primicia de la creación, el ritmo nuevo, lo dan los pueblos anglo-sajones. Se orientan no a la esencia sino a la existencia y sus valores propios dentro del ser. Lo demás se reduce a una incógnita. Se inicia con la famosa frase de Hamlet: "Ser o no ser, esa es la duda". La causalidad desaparece al ocultarse el ser y es reemplazada por la sucesión de fenómenos en un espacio bidimensional. La tendencia a lo eidético desaparece. Lo interesante no es descubrir las leyes del ser mismo en cuanto tal, sino las leyes del ser existente capaces de dominarlo, cualquiera que sea su natu-

raleza. Es el apogeo de la pintura, la físico-matemática y el liberalismo. Los filósofos franceses del siglo XVIII y la Revolución Francesa han derivado directamente del pensamiento inglés.

El tercer y último período no duda de la existencia del mundo, la afirma como una cosa en sí, pero desespera del poder de la inteligencia para cogerla. Es la tragedia de Fausto. El hombre se encierra en sí mismo para descubrir la naturaleza cósmica en su propia naturaleza y hace de lo objetivo una función de la inteligencia, por lo tanto, impone absolutamente sus verdades a todo el ser. La ley lógica de su esencia —reducido a la inteligencia, puesto que el resto del hombre también es oscuro— debe ser la ley lógica de todas las otras. El mundo se transforma en un proceso de creación permanente y así aparecen la música nórdica, el marxismo y el fascismo donde la fe en la luminosidad de los principios es llevada a un extremo jamás visto.

No significa que los demás pueblos en cada período estén aletargados; por el contrario, siguen creando, pero ya en la línea que impone el pueblo directriz. Así, por ejemplo, la poesía y pintura francesas de los últimos cien años aspiran a cumplir las condiciones de la música; las ciencias del siglo XIX continúan bajo la égida de Newton y las actuales se han entregado al espacio pluridimensional y a los postulados de Planck.

Esta cultura europea, en su tercera etapa, a la cual también pertenece Inglaterra, es la que está en beligerancia con el sentido cósmico ruso. La guerra actual es un episodio y el liberalismo, el fascismo y el marxismo, meras circunstancias ocasionales. ¿Pero contribuirá la contumacia en defender intereses perecederos, a aniquilar para siempre la cultura de Europa? Tal es el interrogante que surge ahora en los espíritus más profundos.

A. R.





Alfredo Lage.

## EL SENTIDO APOCALIPTICO DE LA HISTORIA (\*)

En el momento que atravesamos, hasta el burgués más empedernido habrá mencionado, al menos una vez en los últimos años, la palabra "crisis", aunque lo haya hecho sólo como artificio de retórica. Por otra parte, es sumamente dudoso que hablando de "crisis", de crisis económica, de crisis política, de crisis de las almas o de la civilización, el burgués haya tenido verdaderamente presente en el espíritu la idea de que esos valores se encontrasen realmente **en situación crítica**. Es bien probable que ellos no atraviesen intactos la tormenta que está desatándose sobre el mundo. Pero lo cierto es que el optimismo burgués subsistirá hasta el fin. Muchos enjuiciaron ya el alma burguesa y la escudriñaron ya hasta en sus más íntimos repliegues. Pero es terrible que la autocrítica más despiadada jamás haya revelado las raíces de ese optimismo, que es el último refugio de su alma, la última cosa que lo abandona en el momento de la muerte. Tal vez porque su evidencia sea excesiva, porque el optimismo sea la atmósfera propia que baña su alma, el sol que no puede ser visto directamente, pero a la luz del cual todo lo demás se torna visible. Tal vez porque el optimismo sea su molestia mortal. Porque, él morirá de optimismo.

El psicoanálisis nos enseña que para libertarnos de una obsesión es preciso hacer llegar hasta la conciencia el acontecimiento que la determinó. La luz de la inteligencia es esencialmente purificadora. Pues bien, el optimismo burgués es inextirpable, porque es inconsciente. Lo impregna todo. Es la expresión racionalista del orgullo. Y si, por un absurdo, la conciencia del "pecado original" penetrase hasta el alma del burgués moriría en él lo burgués y se tornaría cristiano.

El burgués no tiene conciencia del pecado. Tal es al menos su convicción y él la proclama con orgullo. Y, sin embar-

---

(\*) Traducido especialmente para "Estudios" de "A Ordem", de Río de Janeiro.

go, no sabe que allí reside justamente su mayor desgracia. Pues: "lo que llega hasta la luz tórnase luz". No sólo en virtud del psicoanálisis la conciencia desenvuelve su acción "catártica". Como el neurótico, el burgués se ve afligido por un vago sentimiento de culpa de que no puede liberarse justamente, porque no posee la noción de pecado. Su optimismo es insondable, porque es el reverso de su desesperación.

Por el contrario, el cristiano es un hombre que **espera**. La misma fe, como dice el Apóstol, no es más que "la sustancia de las cosas que se esperan". Cristo no es un optimista. En compensación, El tiene la **Esperanza**. El optimismo es una manifestación de orgullo, de autosuficiencia. Es una tranquilidad anticipada, debida a la certeza de que todo se dirige fatalmente a lo mejor. Se ríe del peligro, ignora las incertidumbres, desprecia las advertencias de la razón, rechaza el socorro de Dios. Al paso que la esperanza es esa "petit fille de rien du tout", de que habló Péguy, que acaba de nacer y que, no obstante, es más fuerte que el mundo; pequeña llama vacilante al menor soplo y cuya luz vence, sin embargo, a la opacidad de las tinieblas. La Esperanza no desvía el rostro, no cierra los ojos ante la realidad del mal. Ella subsiste a despecho del pecado, a despecho de la muerte. Y es flaca y vacilante justamente, porque es la imperceptible claridad que divisamos "au bout de la nuit". Y es fuerte e invencible, porque atravesó la Noche.

El Apocalipsis es el libro de la Esperanza.

Sí, ese libro que acostumbramos a considerar un depósito de las peores catástrofes, ese interminable relato de desgracias y de plagas, que nos apresuramos a consultar, cada vez que nos asalta el temor del fin del mundo, es precisamente por excelencia el libro de la esperanza cristiana. Es una afirmación tan irritante, tan escandalosa para el burgués como para muchos que aun se dicen cristianos, la imagen de Dios crucificado, la idea de un triunfo que se consuma en el instante mismo de la derrota.

Nada, por otra parte, nos recuerda tan claramente como esa simple reflexión la sobria verdad que tendemos siempre a olvidar, en momentos de euforia: que la Esperanza es un don del Espíritu. Es posible que, pretendiendo leer en su alma alguien adquiera una convicción ardiente por la Fe, que es una

virtud sobrenatural y eludiéndose al respecto una disposición subjetiva para la beneficencia llame Caridad hasta una helada filantropía. Pero es ante la Esperanza, ante el claro mirar de la "petit fille Espérance", que se descubre más fácilmente la Impostura. No es Cristiano el que pretende ese título como una distinción, condecoración, o un diploma más. Se podría rigurosamente decir que **no es cristiano cualquiera**, pues, ser miembro del Cuerpo de Cristo es un honor que se ha negado a muchos héroes. No basta para poseer la Esperanza el adherir como simpatizante a cualquier momento de difusión de la Fe o de defensa de los valores morales y sociales del Cristianismo. Sin duda, importa que esos valores sean preservados, importa que la Verdad llegue al mayor número posible de conciencias. Pero es preciso poseer verdaderamente la Esperanza para detenerse ante el umbral de cada conciencia como ante el umbral de un templo vivo del Espíritu, para ver la sangre del Justo caer sobre la tierra, y ver blasfemada la verdad por los hombres, verla pisada, insultada, vejada por los hombres, verla descender al fondo de su indiferencia, de su egoísmo, de su grosero olvido, como la simiente destinada a morir en la tierra, y a germinar secretamente en ella, y no exigir una señal, y no apelar al César, a un Orden visible, a la impostura de un orden visible, que inscriba las palabras de la Vida como "slogans" de propagandistas, en sus pórticos efímeros y orgullosos. Pues, es necesario, ante todo, que todos los reinos terrestres pasen, para que llegue el reino de Dios que no es de este mundo. Todos los equívocos del celo moralista y reformador, que tantos males ha causado a la cristiandad, se disipan fácilmente a la luz apocalíptica, a la luz verdadera de los últimos fines, en que Cristo quiso realmente colocar su doctrina y la memoria de su paso entre los hombres.

Los que imaginan que el reino de Dios pueda esperar hasta que se complete la experiencia de un nuevo "Orden", de una forma inédita de organización, los que piden una oportunidad más de probar que es posible tornar habitable el mundo. gracias a métodos policiales más adecuados, los que sueñan con establecer un modus vivendi entre el Mundo y el Reino de los cielos, de que sea fiador un César escogido por ellos, olvidan realmente este pequeño detalle: que el Evangelio es el Evangelio **del Reino**, y que predicarlo significa anunciar la buena nue-

va del Reino de Dios **“hasta que El venga”**; olvidan que Cristo no vino al mundo para instaurar una nueva Moral y una nueva Ley, ni para confiar a quienquiera que sea la defensa de la antigua, sino para presentarse como la prueba viva, como la primera evidencia tangible del Orden verdaderamente nuevo y definitivo de la Resurrección y del Reino; y en su nombre condenar y confundir de una vez por todas al Mundo y al Príncipe de este Mundo. Olvidan realmente que muchas de las catástrofes a que asistimos son las convulsiones de esa Bestia herida de muerte.

El burgués satisfecho con su club y su digestión, el burgués que masculla apresuradamente un Padre Nuestro para descargar su conciencia, tendría, ciertamente, un sobresalto de horror si supiese que está orando por el fin del mundo. Y si él creyese en la sinceridad de quienes le transmiten esa extraña fórmula ritual, tal vez se sentiría hasta injuriado, insultado, como un hombre a quien hubiesen enseñado por perversidad una palabrota, en una lengua desconocida, en vez de la fórmula de cortesía que necesitaba. Hasta el burgués materialista consentiría ir al Cielo; la vaga imagen de una bóveda dorada, por encima del firmamento, no amenaza su seguridad. Pero ver descender el Cielo sobre la tierra, ver, como Juan, descender de Dios la santa ciudad, la nueva Jerusalem. “como una esposa ataviada para su esposo”, saber que para que llegue esta ciudad, es preciso que “el primer cielo y la primera tierra hayan pasado”, no, eso sería realmente de pésimo gusto si esas palabras no tradujesen apenas la exageración moralista de un visionario, indignado tal vez con la degradación de las costumbres del Imperio Romano en decadencia.

---

Es necesario abrir aquí un paréntesis. Hay que evitar ciertas confusiones a que nos inducirían fácilmente ciertos espíritus simplistas, o, aun más peligrosos que éstos, aquéllos que imitan su lenguaje para los efectos de la argumentación. No, de todo lo que quedó dicho más arriba no se sigue que el cristiano deba permanecer alejado de la suerte del mundo hasta que venga su fin; y que deba acomodarse, como cualquier conformista a todas las situaciones, permaneciendo “imparcial” ante

los posibles contendores que se lo disputen. No, el cristianismo no es un "Ideal", que para conservarse intangible deba planear muy por encima de las realidades terrestres, como una estrella de pureza, atrayendo la mirada nostálgica de algunos visionarios, cuando el mundo se hunda en el caos. Por una coincidencia que nada tiene de extraordinaria, aquéllos que hacen del Cristianismo un "Ideal", son, en general, los mismos que pretenden instaurarlo por la fuerza y que están siempre prontos a incitar a los otros a defenderlo con las armas bien terrestres y de la violencia y de la guerra. Luchar por su "Ideal" es una frase bien corriente entre ellos. Diríase que quieren expulsar a Cristo de la tierra para poder hablar en su nombre, sirviéndose de su Eterno Mensaje como de un amparo o de un disfraz para sus conveniencias e intereses.

No, el Cristianismo no es un "Ideal"; es una humilde realidad, la humilde realidad de la simiente que cayó sobre la tierra y que debe perderse en sus profundidades, a fin de revolverla, convulsionarla e impedir así que ella se estagne, se pudra y se disuelva en la nada. No, el cristiano no puede ser un indiferente, porque él es esa simiente. Él es la levadura escondida que hace fermentar la masa inerte. Es un militante. Un soldado del Reino. No un soldado de violencia según la jerarquía de opresión, sino un soldado de libertad, según la jerarquía de la "Caridad": "Si alguien quiere ser el primero, será el último y el siervo de todos" (Marcos, 9-35). "Los reyes de las naciones dominan sobre ellas como señores y los que ejercen autoridad se hacen llamar bienhechores. Mas, no seréis vosotros así; antes, el mayor entre vosotros sea como el menor y quien gobierna como quien sirve" (Lucas, 22-25, 26).

Y allí está el núcleo de la cuestión; y no debe perderse de vista en un momento en que se llama a los cristianos, de todos lados, y por todos los medios posibles, con clamores y fanfarrias, a juntarse en una cruzada cualquiera, a defender ésta o aquella causa, a derramar su sangre por éste o aquel partido.

Ahora bien, tales llamamientos son sospechosos. El cristiano no precisa ser llamado al combate. En virtud de su vocación más esencial, no podrá ser jamás un conformista; ni colocarse "au dessus de la mêlée". Él se encuentra siempre en el centro de las cosas, en el fondo de las cuestiones y de los

debates, como la simiente plantada en la tierra, silenciosamente activo como la simiente, brotando, germinando, a menos que caiga en el camino y vengan los pájaros del cielo y lo devoren. El cristiano ejerce en el mundo una formidable acción de presencia. Su acción es, por decirlo así, existencial. Actúa por el simple hecho de existir. No es preciso que se apresure en buscar el combate. Puede confiar en la certidumbre de que el combate vendrá hasta él, donde quiera que se encuentre. Y a los imbéciles que lo proclaman un tipo anacrónico; podrá siempre responder que a su alrededor se produce la polarización final de los odios. Mas, si por un absurdo no acontece tal cosa, o por otro lado, si la agitación crece en tal forma que sea difícil escapar a sus efectos, si el mundo entra en convulsiones y la confusión llega a su apogeo, en una enorme batalla en que mil estandartes se exhiban, si los llamados a la acción se tornan demasiado insistentes, y sea necesario decidirse abiertamente, tomar partido, escoger un rumbo, entonces el cristiano ha de recordar que posee un criterio infalible para reconocer entre mil su Cruzada: es que en ella "el mayor querrá ser como el menor y el que gobierna como el que sirve". La reconocerá por esa señal. Todas las causas le parecerán sospechosas, a menos que traigan esa marca, a menos que se basen sobre esa "trasmutación de valores", que, para hablar como un gran escritor francés caracteriza la honra cristiana, la honra de los antiguos caballeros, "la inversión de los valores del mundo, el desprecio del dinero, la exaltación de la pobreza, la fuerza que no funda su dignidad sino en los servicios prestados a los débiles, la Fuerza hecha sierva". (1)

---

En el momento en que la descomposición burguesa se acelera y la civilización se encuentra asaltada interna y externamente por mil enemigos como un cuerpo en descomposición, en el momento en que se entrechocan las cruzadas de la Voracidad y en torno a los puntos amenazados, se constituyen fortificaciones efímeras, todo cristiano debe estar preparado para resistir a los más contradictorios llamados, hechos en nombre de la Autoridad, del Orden, de la Justicia y aun

---

(1) Georges Bernanos: "Lettre aux anglais".

en nombre de la Paz y de las Virtudes Sobrenaturales. No hay voz que, con sordina lejos de sus oídos, no lo cubra de escarnio y de insultos, pero que en las plazas y en las asambleas no procure imitar la suya. No hay quien, públicamente, no le hable en nombre de la verdad, pero que en secreto no alimente la esperanza de eludirla. Por eso él debe estar preparado a tener siempre presente en el espíritu que si todos los pseudo-enemigos de la burguesía se dirigen a él, es porque es realmente el único enemigo de la burguesía, el único que no la afronta, como el chacal a la presa, sino como un ser vivo a la corrupción, el único que, destruyendo realmente el cadáver, destruiría igualmente la razón de existir de los chacales.

Entre los falsos dilemas en que procuran enredarlos, se destacan por su alcance incalculable en sus consecuencias el de Liberalismo versus Totalitarismo, con que se pretende delimitar el sentido de la presente guerra, como si la dictadura de la Violencia se distinguiese de la dictadura del Dinero, a no ser como el efecto de la causa, como si la idolatría del Exito pudiese engendrar otra cosa que la idolatría de la Fuerza. Si fuese válido un tal dilema, esta guerra podría considerarse como la más siniestra de las comedias a que un demiurgo implacable hubiera arrastrado a la infeliz raza humana, para destruirla bajo el peso del desvarío y de la muerte. Pues, a la mirada más superficial resalta la justicia de las fronteras, sobre todo de fronteras en que los ejércitos se diezman en incesantes asaltos, cuando el aire que se respira, en uno y otro lado, es el mismo. Y, sin hablar en lo inesperado de ciertas alianzas, bástanos considerar ese fenómeno del optimismo metafísico que le inspira, en último análisis, impregna toda la civilización mecanicista del Occidente, el culto orgulloso de la ciencia y del tecnicismo, el respeto idiota al especialista. En uno y otro lado de los campos en que se divide la humanidad en lucha, circula la misma atmósfera impregnada de racionalismo, de hostilidad y de indiferencia por el Espíritu, de odio a Cristo, de exaltación del orden terrestre, de confianza ilimitada en el hombre. En uno y otro lado vemos la misma teoría orgullosa del progreso (resultado fatal, aquí, del juego de las instituciones, allá, de la victoria de una clase, de una raza o

de un partido), la misma pretensión de instaurar, con medios exclusivamente naturales, el Orden y la Justicia sobre la tierra, el mismo fanatismo por la organización, en suma, el **mismo optimismo burgués**, recubriendo el mismo vacío, la misma desesperación.

---

Fué el propio Cristo quien fijó el concepto de autoridad. Y ningún cristiano podrá contraponerle otro. "Si alguien quiere ser el primero, sea el último y el siervo de todos".

Dios es el Sumo Poder. No es la Fuerza Bruta. No es el Espíritu de Violencia. Por eso Jesús reprende a los discípulos cuando éstos le piden que haga descender el fuego del cielo sobre la aldea que les había negado albergue. Y El, en persona, da ejemplo. "Yo estoy entre vosotros como el que sirve". (Luc. 22-27). Toda violencia exige sumisión. Dios, en cambio, sólo se complace en nuestra libre alabanza. Y San Paulo acentúa que somos hijos y no esclavos. El Sumo Poder se detiene ante la fragilidad de la más frágil de sus criaturas, y El, la Caridad, el Espíritu mismo de la Caridad, sumido en el abismo de cada conciencia, ora por nosotros, para que nos salvemos, "con gemidos inenarrables". Tal es el misterio de la Caridad de Dios, sobre el cual descansa nuestra libertad.

En ese sentido profundo, ontológico, en que debemos encarar la realidad de las cosas, "gobernar" y "mandar", no se contraponen en forma absoluta a "servir" y "obedecer". "El ejercicio del poder del gobernante, encarado desde un ángulo exacto, es un servicio del pueblo", dice Pinsk, y, en otra parte, "el acto de obediencia por el cual el súbdito se compenetra de la voluntad del rey, es una participación en la gloria del Rey, y es también una participación en su autoridad". Por eso, según el mismo autor, el sentido más vigoroso del poder (das Herschen) no es, en manera alguna, imponer o mantener el orden, bajo el punto de vista de mera utilidad o conveniencia, sino transmitir al pueblo la gloria, la magnificencia (Herrlichkeit) de que él está revestido; es la manifestación eficaz de esa gloria, por intermedio y bajo la figura del pueblo: Sólo Dios es Rey, en sentido absoluto. Sólo él puede, en último término, manifestar el esplendor de su poder, pues sólo El tiene el Poder y la Gloria. De ahí, justamente el pe-



ligro que acompaña al ejercicio y a la función del mando. "Ninguna tentación es tan fuerte para el hombre como la tentación del poder". (2)

Ahora bien, todo poder desligado de su origen es un poder usurpado. Y las características del poder usurpado son la violencia y la arbitrariedad. El poder arbitrario excluye la obediencia a una esfera y a una norma superiores, e impide que coexistan en una misma persona la Obediencia y la Autoridad. En el sentido cristiano, por el contrario, Obediencia y Autoridad se interpenetran; "servir" se torna la forma más elevada de "mandar". Es claro que los políticos y los pensadores "realistas", de todos los tiempos, fingen aceptar esa suprema subversión de valores, por el mismo proceso con el cual la descartan: confesándola como "Ideal". La falsa vehemencia con que lo hacen, por sí sola bastaría para denunciar su perfidia. Y al verlos perorar, con lágrimas en los ojos, acerca de los ideales cristianos, del Ideal de la Caballería, por ejemplo, se hace difícil para el humilde ciudadano el dudar de su sinceridad, por más que los desmanes de los poderosos lo tengan afligido. Desgraciadamente, para los poderosos, la cuestión del poder no es de orden teórico. Como para todas las demás, afectadas por el Cristianismo, su decisión se exige "hic et nunc". En cuanto a la Caballería, su importancia deriva justamente del hecho de que **no fué un ideal** —como el pacifismo, la mística del Estado o de la Raza— sino una realidad, una realidad, a veces tan humilde, que escapa a los historiadores, o al menos a ciertos historiadores demasiado preocupados de los efectos de masa, como los escenógrafos de Hollywood; mas, no obstante **eficaz**, profundamente eficaz, como la simiente, el brote, como las humildes realidades de la tierra.

La cuestión que, en última instancia, tiene que ser decidida en la vida de los hombres y de los pueblos es la cuestión del poder. Hombres y Pueblos, todos tendrán que confesar finalmente el poder de Dios. Y Cristo vino a confesar al Padre, para enseñarnos la única manera de confesar al Padre, que es hacerlo con nuestro ser entero, con nuestros pensamientos, con nuestros actos, con nuestra vida y con nuestra muerte. Cris-

---

(2) Johannes Pinski: "Die Sakramentale Welt", págs. 83 y sgts.

to vino para que ninguna esfera de la vida humana pudiese quedar ajena a la influencia del Padre. Para condenar y confundir la execrable blasfemia de aquéllos que pretenden confesarlo apenas con los labios, como un "Ideal".

En el paganismo antiguo, la esfera del poder participaba en cierto modo, **naturalmente**, de la Sacralidad. Las sociedades antiguas conservan, al menos, vestigios de una concepción teocrática en que el Rey era, al mismo tiempo, Sumo Sacerdote de la Divinidad tribal o nacional, y en ello podemos ver una especie de reflejo de la concepción, o mejor de la tradición paradisiaca, de la autoridad como Paternidad, en el seno mismo de la Idolatría y del desmembramiento paganos.

Pero desde el Cristianismo, no es posible ya tal confusión entre poder civil y autoridad religiosa. El Verbo de Dios, vino, como espada de fuego a deshacer todas aquellas confusiones, y a separar en todos los terrenos el trigo de la cizaña. "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Lo que, en cierto modo, salvaba al Paganismo antiguo, era su ignorancia. Pero desde que el Hijo de Dios se presentó sobre la tierra a reclamar el Poder que le fué dado por el Padre, la Autoridad Civil no puede ya reivindicar un carácter sagrado. Sólo le queda el convertirse a su turno, y estar en la esfera de la salvación, según el esquema fijado por el propio Cristo: "Si alguien quiere ser el primero, hágase el último y el siervo de todos". En vano los Doctores y realistas nos objetan la inaccesibilidad de las ideas cristianas. "Reconociendo aun, la sublimidad de esos principios, ¿de qué modo asegurar su aplicación práctica? ¿Cómo inmunizar el hombre contra la tentación del poder? ¿Cómo lograr que el que lo conquiste vuelva a depositarlo, como ofrenda, sobre el altar?" A esas objeciones debemos responder simplemente diciendo que eso **tiene** que lograrse. Las palabras de Dios no son teorías. Sabemos que el mundo no las acepta. Que entre el Mundo y el Reino existe una guerra sin cuartel. Por eso mismo, el mundo será destruído. "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

---

En la presente etapa de esta lucha, asistimos a diversas tentativas de restaurar el sentido del Estado pagano. Con la

diferencia de que, como no es posible ya ningún equívoco en este terreno, tales tentativas se dirigen ahora intencionadamente contra Cristo. El Estado antiguo reclamaba de sus miembros una adhesión y una sumisión que llegan hasta el culto y la adoración. Los Estados totalitarios necesitan apagar en el hombre el sentido de su filiación divina y sofocar en las conciencias la noción de fraternidad cristiana para conseguir la misma sumisión ilimitada. Para eso se apoyan en Idolos Abstractos, como la raza, la clase, en falsas místicas o en cualquier otro pretexto que sirva para dividir y esclavizar a los hombres. Las teorías poco importan. Lo que tiene de monstruoso este tipo de Estado, es que representa una exaltación, una divinización sacrilega del hombre, que se basa en la disponibilidad absoluta del poder y erige a las creaciones, a las conquistas y a las instituciones humanas en fines absolutos para la vida. En otras palabras él constituye la última etapa de un largo proceso de descristianización. El menor de sus males no será el desviar a los hombres continuamente hacia la periferia de sí mismos, en la medida en que él se presenta como una amenaza puramente exterior. Ahora bien, hace mucho tiempo que, de abdicación en abdicación, de retroceso en retroceso, seccionando uno por uno, los lazos que unían su inteligencia, su moral y su cultura a la obra de la redención inaugurada por Cristo, el hombre viene invocando en su corazón la imagen monstruosa del ser que deseó como su modelo, del Ideal a que conformó sus ansias más secretas. Y ahora, ese Ideal se materializó ante sus ojos, se concretizó en la figura de un ser deforme, hecho a la medida de sus peores instintos, creado para la violencia y la rapiña, para la afirmación orgullosa de sí mismo, para la negación de toda trascendencia, de toda espiritualidad. En favor de su horrible creatura, hija de su concupiscencia, de su voluntad de poder, el hombre abdicó de toda su fuerza, de toda su libertad. En el momento en que ella se vuelve para devorarlo, en el momento en que, después de tragar los trozos de su persona que él le fué abandonando, en la esperanza de saciarla, ella le exige su sangre, y su carne y la carne de su carne, de nada sirve negarle la paternidad. Si ella exige de su parte la entrega total que sólo a Dios es debido, es que desde hace mucho tiempo, él la tiene convertida en

Dios y está prosternado ante el altar que la escondía, en parte, a sus ojos.

La civilización continuará en peligro, hasta que, por la comprensión y por el sufrimiento, el hombre no llegue a la plena conciencia de su culpa, hasta que no arranque de su corazón las raíces más profundas del totalitarismo: la negación de la trascendencia de la vida y la voluntad de poder. El más peligroso de los equívocos es creer que "la presente guerra decidirá esta cuestión".

Es natural que mientras ella perdure, la atención de los que combaten ideológicamente al totalitarismo se vuelque principalmente sobre sus aspectos más flagrantes. Sin duda, el peligro inmediato es de orden exterior. Y, ante la inminencia de una amenaza completa tal como un triunfo de las armas totalitarias, la propaganda democrática difícilmente podría detenerse en los aspectos psicológicos más profundos del fenómeno. No obstante, en tal propaganda existe un gravísimo equívoco y es que, en toda ella, se encuentra implícito o supuesto el que el peligro es **exclusivamente** de orden exterior. Según esa manera de ver las cosas, el peligro totalitario se debería a la audacia de un grupo de facinerosos que, aprovechándose de un momento de confusión en la vida de las naciones, habría asaltado con éxito el poder en algunas de ellas. Para los que así piensan, la derrota militar de los países agresores haría desaparecer una vez por todas el peligro...

En realidad, el peligro llegará a su auge, justamente en el momento en que las conciencias se encuentren desarmadas por la euforia del triunfo. La llamada "propaganda democrática" presta el mayor de los servicios al totalitarismo en este punto. Pues, ¿quién aprovecha el mito del peligro fascista, la descripción apenas parcialmente verdadera de ese peligro como irrupción violenta que se adueña del poder y en él se mantiene, gracias a una voluntad implacable, a una absoluta ausencia de escrúpulos, sino aquéllos mismos que, en su propaganda, hacen alarde de su audacia, de su maquiavelismo político, por lo demás, bastante reales, justamente para desviar la atención de las naciones amenazadas por ciertas fallas perfectamente curables de sus regímenes, y sobre todo, para esconder el hecho de que la propia plu-

toocracia, la llamada "alta finanza" y la "gran industria", les financia los partidos y en último término les entrega el poder? El peligro totalitario sólo podrá ser conjurado el día en que las élites, empezando por las élites intelectuales, reconozcan la parte de responsabilidad que verdaderamente les cabe en la tragedia que éste representa, en el día que, con el mito de la "sinistra conspiración fascista" caiga el de la "inocencia y sinceridad democráticas". Es preciso que confesemos que las causas profundas del Estado Totalitario se encuentran en nosotros, que cada uno de nosotros lo invocó de mil maneras, clamó por su advenimiento, cada vez que abdicó de su responsabilidad ante la colectividad, renunció a su propia iniciativa, reclamó la intervención del poder, procuró soluciones burocráticas para todos los problemas, proclamó su confianza en la fuerza por encima de todo, en la organización por encima de todo, en la mecanización por encima de todo, y principalmente en la medida en que desesperó de Dios y de las verdaderas posibilidades del hombre para depositar su confianza en los ídolos orgullosos fabricados por su voluntad y por su razón.

"El hombre, dice el P. Ducatillon, tiene una irresistible necesidad de absoluto, de infinito, de eterno, de trascendente, de Dios. Si elimina a Dios de su vida, quiéralo o no, descubre un sucedáneo, se forja un equivalente. Apenas será un falso Dios, reducido a sus proporciones terrestres, en vez del Dios verdadero. Fué así que, para ciertos pueblos descristianizados, la raza, la clase se hicieron fines absolutos, verdaderos ídolos". (3)

El hombre no posee por sí mismo la unidad. Es un ser múltiple en su naturaleza, colocado bajo el signo de la división y por tanto del conflicto, de la corrupción y de la muerte.

Sólo en unión con Dios puede el hombre mantenerse uno. ¿Qué acontece, pues, cuando él rechaza a Dios, cuando su civilización repele el fermento cristiano? La respuesta es simple: él cae en la **Idolatría**.

---

(3) J. V. Ducatillon, O. P.: "La Guerre, cette Révolution". Pág. 72.

La idolatría es una consecuencia de la disolución en que la ausencia de Dios precipita al hombre. Consiste en el rechazo de la unidad de Dios, en la exaltación de lo particular sobre lo general, en el dominio de la parte sobre el todo. Y cómo la parte no contiene, de suyo, un principio de integración sólo le queda, a lo más, devorár, destruir, oponerse a lo que en la estructura del organismo le era simplemente yuxtapuesto.

Y eso, porque la Idolatría engendra los conflictos. En la unidad de la persona humana se concilian los valores espirituales y vitales. Pero la idolatría del principio espiritual se opone a la idolatría del principio vital. De allí surge el conflicto entre el espíritu y la vida. El hombre es razón y también voluntad, razón y voluntad en concreta y armoniosa existencia, en la unidad substancial de la naturaleza humana. Pero la idolatría de la razón se opone a la idolatría de la voluntad. Y tanto el racionalismo como el voluntarismo son formas de desequilibrio y de decadencia, tipos de falsas oposiciones que dividen al hombre, destruyen no sólo su unión con Dios, sino su unidad interior la armonía de sus principios constitutivos. Lo mismo podría decirse de los valores étnicos y económicos, de los valores de la raza y de la clase sobre los cuales se basan las falsas místicas del estado soberano.

Otra consecuencia de la Idolatría es la opresión, la pérdida de la libertad. El más trágico de todos los equívocos es el que habla de respeto a la libertad. Es el que se encuentra, tal vez en el origen mismo de la Caída. El hombre se aparta de Dios, en un acto que le da como la medida de su libertad. Y en el momento mismo en que él experimenta su profundidad, comprende que renunció a la libertad y que ese vértigo que lo arrastra hacia abajo, es la Caída.

En unión con Dios, el hombre vivía su propia libertad. La libertad era la atmósfera en que bañaba su vida, la inspiración de sus menores movimientos. Era como la criatura que juguetea a los pies del Padre, y cada uno de sus gestos tenía la perfecta gratuidad del **ludus** infantil. Pues, Dios, es el Sumo Bien, y nuestro fin último, y la atracción que sobre nosotros ejerce; es la tendencia natural del ser hacia su perfección. Por eso, la entrega total del hombre a Dios, lejos

de ser una limitación, sólo puede significar una expansión extraordinaria de su libertad. De ese estado de plenitud, del cual cayó, el hombre conserva apenas ciertos vestigios, reflejos fugaces que figuran entre los momentos supremos de la existencia. Así, la creación artística en fugitivos momentos, posee la gratuidad del "ludus", bien que todo artista verdadero sabe que tiene que pagar esos destellos con sufrimiento y redoblado esfuerzo. Si fuese posible imaginar la creación, sin la angustia de fijar la forma, sin el contrapeso de los momentos de aridez, como un puro e ininterrumpido juego de la inteligencia, moviéndose en la alegría de crear y en la contemplación de su propia fecundidad, y si traspusiéramos lo que entonces pasaría en la esfera del intelecto práctico a todo el ser, a la vida total, en sus más variados aspectos, tendríamos finalmente la imagen de la verdadera libertad. Entonces, la vida humana sería, naturalmente, como un cántico de alabanza, un cántico libre y exultante de alabanza, como el júbilo de la criatura que saltó a los pies del Padre, como la danza de David ante el Arca.

---

En el final de la segunda parte del Apocalipsis, después de la caída de Babilonia, la gran Prostituta, el Apóstol oye en el cielo el clamor de una inmensa multitud: "¡Aleluya! Salud, Honra, Gloria y **Poder** pertenecen al Señor Nuestro Dios". Y las creaturas celestiales se unen a ese cántico de triunfo. Y el Apóstol oye "como la voz de inmensa multitud, como el rumor de grandes olas, como el estrépito de fuertes trompetas". Y todos exclaman: "¡Aleluya! Pues, el Señor Nuestro Dios Todopoderoso **reina**".

Así, en la visión del Apóstol, después de la caída de Babilonia —la Prostituta— imagen del poder político, en el más alto grado de su esplendor terrestre, y al mismo tiempo, símbolo de la versatilidad del poder político, personificada por la mujer pública, después de la devastación y del juicio de la gran ciudad, estalla en el cielo el júbilo de los elegidos. Los dos acontecimientos están ligados, como anteriormente, en el capítulo 15, en que se hace oír el cántico de los que saldrán victoriosos de la Bestia. En ambos casos, las mani-

festaciones de regocijo se siguen a la decisión de la cuestión del Poder. En su breve y luminoso ensayo, "El Espíritu de la Iglesia Apostólica, según el Apocalipsis", Erik Peterson alude a ese problema, con las siguientes palabras: "Ante la revelación de Cristo, la esfera de lo político debe revelarse también, en sus últimas posibilidades. Esto es particularmente nítido, en relación con la cuestión del poder. Pues el poder es una cosa muy misteriosa. ¿Quién le tendrá? La fuerza cósmica de Satanás que lo trasmite al Anticristo (XIII-2), o Dios que dió el poder a su hijo? Digamos más aún: el poder, en cuanto misterio, exige finalmente adoración. Y todo se reduce a lo siguiente: o adoramos el poder legítimo del Todopoderoso o el poder usurpado del que se hace semejante a Dios. (4)

Sería un grosero error interpretar la Apocalipsis como una "profecía" en el sentido moderno, ésto es, como una previsión de acontecimientos políticos, que se desarrollan en una serie cronológica; tomar la caída de Babilonia, por ejemplo, como un hecho histórico determinado. Una interpretación literal e histórica, junto con encarar los acontecimientos descritos, desde un punto de vista forzosamente limitado (para un contemporáneo de San Agustín, por ejemplo, la caída de Babilonia se identificaría con la caída del Imperio Romano. Para un europeo del siglo X, sería la del Imperio Carolingio), tendría el inconveniente principal de relegar la intervención de Cristo victorioso para el fin de los tiempos, expulsando por así decir, a Cristo de la historia y falseando justamente el sentido esencial del Apocalipsis, que es el de una "revelación de Jesucristo" (tal es su significado textual), una prefiguración de la Parusia, una manifestación gradual de la gloria y del poder de Cristo a través de los sufrimientos, las más de las veces oscuros, de todos los que confiesan su nombre, a través de los humildes acontecimientos de la vida de aquéllos que son miembros de su Cuerpo, tanto o más que en los hechos políticos más estruendosos. Pues, esos acontecimientos, por más oscuros y humildes que

(4) Erik Peterson: "Le mystère des juifs et des gentile dans l'Eglise".



sean, desde que se encuentran realmente en relación con la muerte y con la resurrección de Cristo, son los que dan sentido a la Historia. En ellos, y no en los hechos más sensacionales al margen de Cristo, se revela el sentido apocalíptico de la Historia. Ellos son los acontecimientos capitales, porque **son** la revelación de Jesucristo, las repercusiones en el tiempo de ese acontecimiento central: la muerte y la victoria del Mesías. Las visiones descritas por el Apóstol no son una serie de sucesos que se desarrollan cronológicamente, sino las sucesivas repercusiones, en profundidad, de ese hecho capital: **la Manifestación del Verbo**, que, como un rayo, rasga, uno a uno, los velos que recubren el Misterio del mundo, inclusive el misterio del futuro, y repercute hasta la última esfera del Ser, hasta el Trono de Dios, donde es saludado por infinitas aclamaciones: “¡Aleluya! Pues el Señor Dios, Nuestro el Todopoderoso **reina**”. De otro modo no tendrían sentido las declaraciones escatológicas del propio Cristo, como por ejemplo (Juan XII-28 a 33, XIII-31), la oración de Cristo: “Padre, glorifica tu nombre” y la respuesta: “Lo he glorificado ya y otra vez lo glorificaré”. Y: “El Príncipe de este mundo está ya juzgado”. Y aun: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él”, etc. Esas palabras serían incomprensibles si no tuviesen una referencia a un acontecimiento trans-histórico, por así decir, a la presencia de la Eternidad en el tiempo. La manifestación histórica de Cristo es un acontecimiento paralelo al apareamiento inicial del Verbo, a que se refiere el prefacio del Evangelio de San Juan, o mejor los dos hechos no son más que las repercusiones en planos diferentes de un solo acontecimiento. Porque esa manifestación de Cristo (a través de la Historia) tiene que darse según la ley de la Eternidad (esto es del Reino) y no según las leyes de la Historia (esto es del Mundo). El Mundo reclama una evidencia sensible, una manifestación retumbante, incontestable, que afecte por decirlo así, la superficie visible de las cosas. Al paso que la realidad del Reino es de orden ontológico; ella tiene que descender hasta el fondo de las almas, donde se ejerce su acción, como la semilla que queda sepultada en la tierra, para poder germinar, como “el fermento que una mujer escondió en tres medidas de harina”. Por eso mismo, la

realidad profunda de las cosas es la que tiene que ser "revelada". Pues, Cristo vino para "revelar cosas escondidas desde la fundación del mundo". Y por eso también: "Nada hay escondido que no deba ser descubierto, ni secreto que no venga a saberse" (Lucas XII, 2, 3).

El Reino y el mundo son realidades inconmensurables. Y la presencia del Reino en la tierra es realmente como la de un cuerpo extraño que se hubiera introducido en la economía y en la circulación del mundo, y lo sacude, a veces, en convulsiones. La simiente cristiana no puede ser reabsorbida. La moral podrá estar amenazada. Todos los valores informados por el Cristianismo podrán ser negados, combatidos; podrán sufrir un momentáneo eclipse. Vendrán momentos en que la propia civilización cristiana parecerá estar perdida. Mas, la semilla cristiana subsistirá siempre. Ella no se confunde con los valores cristianos. Su realidad es de naturaleza más profunda. Inaccesible a los asaltos del Mal, es, en último término, **inasimilable**. Inasimilable, porque reposa sobre la esperanza de los santos, sobre la impaciente espera del Reino, sobre la santa impaciencia del pueblo, de ese pueblo que es en todos los momentos y climas, el pueblo de las bienaventuranzas, que tiene "hambre y sed de justicia". Y en realidad es la que mueve ese gran cuerpo de civilización humana. Ese gran cuerpo en perpetua agonía. Es en verdad el sentido y el motor de la Historia.

Es preciso estar completamente desprovisto de sentido histórico para no percibir que, para su gloria o para su desgracia, la civilización de Occidente posee como una dimensión nueva que, al apreciarla, imposibilita todo paralelismo, sea con civilizaciones anteriores, sea con las que quedan al margen de la Cristiandad. No que los acontecimientos sean diferentes en ella, en el sentido en que se inscriban en otro plazo del Ser. Considerados aisladamente, es posible hasta encuadrarlos en un esquema general, aplicable a otras culturas. Mas, vistos en su conjunto, esos acontecimientos poseen un ritmo, una intensidad que rompen todos los esquemas. Y Spengler no vió que el suyo quedaba viciado por el hecho de que la civilización de Occidente se presenta como la única capaz de concebir la posibilidad de un paralelismo entre las civilizaciones, como la única dotada de **sentido his-**

tórico. Tal vez, aun, sea la conciencia de su destino, la convicción de qué se encuentra empeñada en un drama, lo que dé a la Historia de Occidente la intensidad que la distingue de las demás. Sea, sin embargo, ese hecho considerado como causa o como consecuencia, es indiscutible que esa civilización tiene conciencia de encontrarse continuamente **en crisis**, esto es, literalmente, bajo juicio. Cualquiera que sea el momento que ella atraviese, siempre le parecerá que atraviesa **el momento decisivo**. Todo sucede como si esa civilización se encontrase en perpetua agonía, en inminencia permanente de caos, de destrucción. Hay en ella como un sentimiento dominante de tensión. Llámese ese sentimiento, impaciencia, inquietud o esperanza, el hecho es que él existe.

Chesterton expresó esa característica de nuestra civilización de una manera particularmente viva y pintoresca: "Debemos el mayor respeto y gratitud a las grandes civilizaciones humanas, tales como la del antiguo Egipto o la de China, que aun perdura. No será, sin embargo, injusto observar que sólo Europa moderna demostró un incesante poder de renovación, que actúa frecuentemente con intervalos cortísimos y que afecta hasta las menores cosas, tales como los estilos de las casas y de los vestidos. Todas las demás sociedades mueren de una vez por todas, y con dignidad. Nosotros morimos diariamente. Y volvemos a nacer, en una teimosia obstétrica, casi indecente. No es exagerado decir que existe en la cristiandad histórica una vitalidad que no es natural. Podría llamársela una vida sobrenatural. Podríamos compararla a una siniestra vitalidad que galvaniza a un cadáver. Pues, nuestra civilización **debía haber muerto**, según todas las probabilidades y paralelos sociológicos, en el gran caos del fin del Imperio Romano. Lo extrañamente pintoresco de nuestra condición, la suya y la mía, lectores, es que no hay motivo para que nos encontremos aquí. Somos todos fantasmas. Todos los cristianos vivos son paganos muertos que continúan moviéndose por el mundo. En el momento en que Europa iba a descender al silencio del sepulcro, como otrora Asiria y Babilonia, algo le entró en el cuerpo...". (5)

Algunas escenas del Apocalipsis, nos dan una noción particularmente vívida de esa impaciencia, de esa esperanza

---

(5) G. K. Chesterton: Ortodoxia.

del Reino que, en sus profundidades, mueve el mundo. Esa impaciencia es, en primer lugar, la de aquéllos que fueron muertos por causa del testimonio, Juan vió, sobre el altar las almas de los mártires. “Y clamaban, con grande voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, vos que sois Santo y Verdadero, dejas de juzgar a los que habitan sobre la tierra y vengas en ellos nuestra sangre?”. “Y le fueron dadas a cada uno largas túnicas blancas y fuéles dicho que reposaran aún un poco de tiempo, hasta que se completase el número de sus hermanos, que habían de ser muertos, como lo fueron ellos”. (VI, 9, 10, 11). Hay también la impaciencia de las innumerables multitudes celestiales, que prorrumpen en aclamaciones, después de la caída de Babilonia, y glorifican a Dios “por haber juzgado a la gran prostituta que corrompía a la tierra, con su impudicia, por haber vengado la sangre de sus servidores, que ella derramó con sus propias manos”. Y hay, finalmente, y principalmente la impaciencia del propio Cristo y de su Iglesia, la nueva Humanidad, simbolizada en la Revelación por la virgen Jerusalem, la ciudad santa, vestida con la gloria de Dios. El Apocalipsis terminó con las visiones triunfales de la reconciliación, que el Apóstol llama “las nupcias del Cordero”. Y de súbito se oyen las palabras del propio Cristo: “He aquí que vengo pronto... Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin, el primero y el último. Soy el que soy el hijo de David, la estrella resplandeciente de la mañana”. Y el Espíritu dice: Ven... Y la Esposa dice: Ven... “Y quien oye diga Ven... Y quien tiene sed, venga, y quien quiere beber, beba de gracia del agua de Vida”.

Tal es el sentido y la fuerza de la Esperanza. A despecho de todas las contradictorias agitaciones de la superficie, ella es quien, en las profundidades de la tierra y de las almas, en la soledad de las profundidades, mueve la historia del mundo. Ella es esa voz que en el silencio y en la soledad del mundo, reza como el Visionario: Sí, ven en breve. Maranatha. Ven, Señor Jesús.

A. L.

## **Letras y Crónica**

**“UN CUARTO DE HORA CON PEREZ ROSALES”,** por Alfonso Bulnes.

Una deliciosa evocación del gran autor de “Recuerdos del Pasado”, obra clásica de las letras nacionales.

**“APUNTES SOBRE TRES NOVELISTAS SUDAMERICANOS”,** por Ricardo Astaburuaga Echenique.

Ciro Alegría, Francisco Coloane y Rómulo Gallegos, analizados en función del alma de América.

**“MEJICO Y AMERICA EN VISION DE LAWRENCE”,** por Luis Sabatini.

Glosas a la novela de Lawrence, “La serpiente emplumada”.

### **LA AGUJA DEL TIEMPO**

#### **EL PAISAJE DE LAS LETRAS**

“El Papa del Ghetto”, por Gertrudis von Le Fort.

### **CRISTAL DE LIBRERIA**

“Catalina de Aragón”, por Garret Marttingly.

“La idea de una sociedad cristiana”, por T. S. Eliot.

“Lord Cochrane”, por Enrique Bunster.

“Al asalto a los polos”, por Roger Verceel.

“Juan en China”, por Erik Linklater.

“Manual de Sociología”, por Morris Ginsberg.

“Ranquil”, por Reinaldo Lomboy.

“La Iglesia en las encrucijadas de la historia”, por Godefroid Kurth.

## UN CUARTO DE HORA CON PEREZ ROSALES (\*)

Toca hoy echar a andar por los campos del éter, y hacer llegar hasta vosotros, a un segundo escritor de las primeras generaciones literarias propiamente chilenas, el ameno y seductor don Vicente Pérez Rosales.

Brindamos así oportunidad póstuma al incansable trotamundos de recorrer los únicos caminos que en su tiempo no estaban abiertos ni pudo prometerse transitar. Será una breve jornada de quince minutos, suficiente, sin embargo, para satisfacer a un hombre intolerante de la permanencia en región alguna de las que visitaba.

Esta serie de charlas sobre antiguos escritores chilenos se proponía considerar primero a aquellos que los estudios literarios agrupan bajo el rubro de generación de 1842, y para esto la serie se inició con Jotabeche y habrá de continuarse con algunos tomados de la nómina, ya oficial y definitiva, de aquella generación, tal vez con Sanfuentes, con Lastarria, con García Reyes o con Tocornal. ¿Y dónde quedaría Pérez Rosales, que no está incorporado en la nómina? Si no está allí, es difícil situarle con más palmarias razones en parte alguna. Todo un problema de juicio histórico-literario.

Los términos del problema son conocidos: Pérez Rosales nació en 1807; al producirse el movimiento literario del 42, tenía treinta y cinco años, edad plena de madurez creadora; los enrolados en el movimiento eran contemporáneos suyos, y algunos menores que él; los factores hereditarios que entraron en juego en él y en los demás, eran los mismos: ¿por qué no incluir, pues, a don Vicente en la nómina de la cual anda apartado? Empero, hay serios motivos, del orden imperioso de los hechos, que justifican la exclusión: Pérez Rosales no escribió al mismo tiempo que sus contemporáneos; su nombre no aparece en las revistas, ni en la Sociedad Literaria, ni en las polémicas con los argentinos, y si en

---

(\*) Charla difundida por Radio Carrera.

el decenio siguiente al movimiento sale a luz un libro suyo, el libro no pertenece al acervo de una literatura de goce; fué un Ensayo sobre Chile, destinado a la propaganda administrativa de la colonización del territorio, y correrán todavía otros decenios antes que aparezca la obra que le ungió escritor, y escritor de nombradía. Para no contarle entre los hombres de su tiempo, queda todavía otra razón: salido de Chile en la infancia, vuelto a la patria con largas intermitencias, no participó Pérez Rosales del diario acarreo de materiales que aportaba a la inteligencia y a la sensibilidad de los demás integrantes de su generación la vida de la República, y en cambio entraban al panorama espiritual de Pérez Rosales, sucesos, tipos y paisajes de tierras desconocidas para aquéllos.

¿Qué haremos en tal cavilación? Dándonos cuenta de que ella ha de repetirse cada vez que pretendamos encajar en cualquier marco ajeno a este criollo originálsimo, encajarlo a la fuerza, eligiendo el marco que nos parezca más adecuado al caso histórico. Perdónenos la violencia el seductor don Vicente, y salga por el éter en la caravana de los hombres del 42, con los que le amarra la fecha de nacimiento.

---

Debe haber sido un hombre encantador en su trato social; su obra escrita lo revela, y todos los que quieren gozar de un rico contacto humano, deben acercarse con frecuencia a los Recuerdos del Pasado, en cuyas páginas el autor está palpitante, inmediato y charlando.

Para juzgarle con crítica exacta, que a él no desagradaría, hay que situarle así, en cuanto charlador, cuya charla abundante se ha grabado para la posteridad, sin estar sujeta siquiera a revisión o al retoque estimados indispensables para enfrentarse a lectores.

Tiene su charla contenido de primera importancia, más variado que el que acumula la experiencia de cualquier vida individual, y posee léxico y giros apropiados todavía a la transmisión oral, sin que en ella se vean amanerados, pero en los cuales comienza la buena forma escrita.

Para los hombres de su tiempo, debe de haber sido un artista. El artista puro, que hoy concebimos y conocemos, no existía en Chile todavía: el artista de hoy es el aparato total, el que deja a su mano derecha, con la cual modela la forma por mero afán de belleza, ignorante de las actividades útiles encomendadas a su izquierda. En aquel tiempo, la labor material era apremiante, el juicio público exigente de colaboración práctica, y el modelado excesivo de la forma acusaba de ociosidad. Para ser considerado artista, bastaba aquello que tenía don Vicente: el espíritu errante, que le desvinculaba de toda preocupación general o de grupos; sus prolongadas permanencias en centros europeos refinados; su amor a la naturaleza y a los grandes espacios; sus referencias a la pintura, a la literatura y a la música.

Para los tiempos nuestros, ya no es don Vicente un artista literario, sino un riquísimo ejemplar de humanidad, y un tipo representativo de lo que nuestra raza encierra de aventurera por herencia de España.

Si examinamos bien la forma de su prosa, la hemos filiado como prosa oral, y si más hondo examinamos, hallaremos que hablaba traduciendo a palabras su visión espontánea y directa, que era la de dibujante. ¡cuánto más fielmente se sentiría vaciado en líneas y en sombras y volúmenes que en palabras! Toda su prosa es visual, y pueden, en los admirables retratos que salpican sus páginas, aparentar rasgos psicológicos de los seres curiosos que le salían al encuentro, pero la apariencia física o el ambiente predominan, y quedamos viendo esas figuras como si nos las hubiesen mostrado colgadas en una galería iconográfica; de esos hombres eminentes algunos, resaltan el porté, la corpulencia, las narices anchas, las frentes espaciales, los gestos habituales y, casi diríamos, en general su caricatura.

---

¿Dónde no anduvo este hombre, vástago tardío de las novelas picarescas de España? Si el tiempo es hoy escaso para el que intente recorrer el mundo, los lentos medios de viaje de hace un siglo parecían prohibir la presencia en sitio extraño al del hogar. Y sin embargo,



él llegó a todas partes del viejo y del nuevo mundo, y —lo que es más, y como si el tiempo concertase el ritmo de los acontecimientos al de las andanzas de don Vicente— llegaba a cada sitio en el momento en que allí le esperaba algún acontecimiento memorable.

Pero no, no era el tiempo el que le preparaba sucesos que después don Vicente relataría; era, más bien, que dentro de él se paseaba por el mundo una lente fotográfica de admirable precisión; la vida de la naturaleza y la vida de los individuos y de la sociedad están en todo instante brindando aspectos dignos de recordación a todo el que discurre entre ellos, y sólo faltan siempre el lente claro y rápido y sagaz obturador.

Condición del dotado para memorialista es dejarse vivir, no negarse a ningún derrotero y soportar todos los azares del imprevisto. Don Vicente tenía la curiosidad despierta; se dejaba coger sin preguntar jamás hacia dónde le llevaban; con todos, con banqueros, con funcionarios, con salteadores, con pequeños comerciantes rurales, o con damas y señores aristocráticos, se acomodaba como en ambiente único y definitivo.

De la lente fotográfica, tenía la fidelidad de visión y también la impenetrabilidad; él quedó siempre él mismo, guardando las experiencias que le enriquecían como el patrimonio advenedizo que no habían de alterar la trama de su espíritu. Esto es fácil descubrirlo en la prosa que manejó; sorprende que un forastero de hogar culto, llegado a París en la primera juventud, en plena lucha del romanticismo naciente contra el bien atrincherado clasicismo expirante; un joven que asistió al estreno de Hernani y a las algaradas de la concurrencia, primera onda de la conmoción concéntrica que abarcó todo el mundo, no haya sufrido el contagio, a un mismo tiempo imperioso y seductor, del romanticismo. Suele advertirse en su prosa una hinchazón que sería propia del romántico; pero bien examinada, esa hinchazón no es la sustitución del léxico elástico al léxico preciso, ni viene tampoco de metáforas de vagas o lejanas resonancias; es la hinchazón de una prosa hablada, que por gala tiende a la elocuencia. Ni tomó nada del romanticismo, fenómeno accidental, ni tampoco los giros básicos y permanentes del espíritu francés: siguió siendo un descer-

diente de españoles, que trataban de no olvidar la lengua del Siglo de Oro.

---

¿Para qué contar los hechos de su vida, o lo que dicen sus escritos? Unos y otros se confunden, y si la erudición biográfica agrega a aquella nuevos y nuevos datos, apenas si cabrán en los intersticios. Hay que leerle y gozar del relato, que nos parece interminable como si olvidásemos en sus páginas que ellas están sujetas a la duración de vida de hombre.

¿Memorias o novela, estos Recuerdos del Pasado? Memorias, por lo que contienen; no, por lo que dejan de contener; está en ellas todo lo exterior al personaje que relata, y queda fuera de ellas el proceso unitario hondo que es la vida espiritual íntima del autor; la lógica del destino que le lleva está encubierta por el azar. Novela no, porque se cuenta lo realmente ocurrido; novela sí, por la naturaleza de lo que va ocurriendo y por el dinamismo extraño y pintoresco de hombres y sucesos. Novela también, porque hasta lo que sabemos cierto, parece engendro de fantasía.

Dicen personas que le trataron que nunca su charla decaía, ni dejaban de asomar en ella nuevos y nuevos sucesos presenciados o vividos; que de ninguno de ellos en particular lograba dudarse, pero que del conjunto quedaba en el interlocutor la leve sonrisa que despierta la fantasía. ¿Qué importaría que la vida real de Pérez Rosales haya sido igual a una novela, o que el memorialista de hechos extraordinarios ciertos sintiese que con ellos estaba escribiendo una novela y a trechos retocase la realidad?

Una cosa queda a firme: para conocer la historia de nuestros primeros años de vida independiente; para ver la ciudad de Santiago y las otras ciudades, tales cual eran entonces; para mirar caminos, transeúntes, fundos y aldeas con fidelidad de época; para atravesar la cordillera como entonces se atravesaba, y para viajar como se viajaba entonces, no hay que ir a los historiadores eruditos y juiciosos, sino buscar la compañía de este redomado aventurero de alta clase social. El pasado chi-

leno está entero en su visión, y está visto con ojos de chileno.

Y si queremos quedarnos con una visión final de su persona, que nos le muestre en típica apariencia criolla, a él que usó tantos disfraces europeos elegantes, leamos su iniciación en la pasajera faena de agricultor.

“Comencé por pagar a la huasería el forzoso  
“ tributo que siempre paga el novel campesino que  
“ endosa poncho por la vez primera. Buenos ca-  
“ ballos, estrafalarias monturas, crueles rodajes, ma-  
“ chete, lazo, pehual, maneas, copas de alegría y  
“ guampar con ribete de plata en las alforjas; oi-  
“ vidé el idioma de Cervantes por la jerga provin-  
“ cialesca; rivalicé con los más poderosos jinetes en  
“ el manejo del caballo y de lazo; madrugué antes  
“ que el lucero; trabajé como trabajan los machos  
“ de carga; me lloví; me asoleé; dormí en el sueto;  
“ y al cabo de dos años, por fruto de tanto afán,  
“ salió el afrancesado dándose a santo, con sólo lo  
“ encapillado y con dos años más de edad auestas”.

Travieso don Vicente, hijo de padre tuberculoso y muerto joven, enclenque él mismo en la niñez, alcanzó la ancianidad y le alcanzó la parálisis, última antítesis de su vida de trotamundos.



Ricardo Astaburuaga Echenique.

## APUNTES SOBRE TRES NOVELISTAS SUDAMERICANOS

No puede pasar desapercibido al lector asiduo la presencia de innegables valores literarios aparecidos y conocidos en estos últimos veinte años en Sud-América. Tampoco dejará de apercibirse que dichos autores manifiestan un nuevo sentir, una nueva forma literaria, consecuencia de un modo personal de captar la vida y naturaleza que los rodea.

América ha tenido grandes escritores en tiempos de la Colonia: Ovalle, Fray Bernardino de Sahagún, Sor Juana Inés de la Cruz, Lacunza, el Inca Garcilaso de la Vega, todos maravillados del nuevo sol, del agua, del árbol y maleza de esta tierra nueva y llena de luz, ritmos y contrastes. Fueron todos ellos seres que describieron con ingenua y simple pluma, con ojo lleno del primer amor, las maravillas sin cuento de la flora y fauna de América. En ellos no había interés literario. Este nació verdaderamente durante la Independencia. Se leyó a los clásicos latinos, a los franceses, luego a Lamartine, Dumas, Musset, Chateaubriand, Balzac, Zola: el intelectual sudamericano nació bajo la tutela espiritual de Europa. No conozco de esa época nadie que haya querido, con vivo interés, interpretar las oscuras raíces que esta nueva raza llevaba en su seno, sino que más bien sé que todos quisieron aplicar y entroncar a estas vidas, latiendo en otro paisaje las experiencias artísticas y sociales de la Europa vieja y con sabiduría de quince siglos.

América es, como alguien dijo, un inmenso corazón que ha vivido con singular fuerza las experiencias que Dios le ha dado.

Nació a la vida independiente, mientras su espíritu "vagaba sobre las aguas": esos hombres nacieron en la "nada" de América y por ello tenían que abrazarse a formas extrañas que solucionaban sólo parte de su inquietud. El descubrimiento de América ha sido largo y aun no terminado. Nuestros descubridores nos describieron, mas aun no nos hemos encontrado. América es hoy día un caos de formas y ten-

dencias distintas, de gritos, experiencias y dolores inubicados.

El español de la Legislación de Indias ha sido el único que quiso dar movimiento y vida a la estática figura del indio americano, sumido eternamente en el sueño de sus recuerdos. Los "amigos del pueblo", llenos del amor rousseauiano, perdieron ese fuerte latir bajo suelo, que hoy sentimos más cerca, abominando, por anticuado, del esfuerzo español plasmado en su Legislación de Indias. Y hoy día, no tanto en Chile como en el resto de América, presenciemos una doble vida paralela, sin posible encuentro: la del criollo cultor de Europa y la del indio perdido en sus sierras e ignorado. Más aún y refiriéndose a Chile, la vida del mestizo desconocedor de uno y otro sentir. El criollo tampoco entiende a Europa, copia sólo sus manifestaciones externas; no ha penetrado nunca en la idea que da forma al espíritu de Europa, vive en un mundo distinto no regido por conceptos; la sensación y la pasión son los factores que determinan su personalidad; no tiende a realizar un orden del universo. El americano vive y se mueve dentro de una nebulosa densa de reacciones impenetrables. Es por eso que América no tuvo ni tiene un sistema social y político que englobe en cierta forma el alma americana. La mayoría de los sistemas políticos adquieren en América una característica apaciguada y rutinaria propicia, salvo algunas excepciones, a la tiranía militar o civil. Toda manifestación política o social nacida desde el espíritu del americano, no ha tenido doctrina y su finalidad ha sido contingente.

Nuestros Padres de la Patria sintieron la división entre la España que había perdido el impulso de los Reyes Católicos, transformándose en una autocracia insensible a la vida americana, y estas tierras que sólo eran un granero para enriquecer la Casa de Borbón. División que ellos conocieron cuando España manifestó su debilidad ante Napoleón. Pero ellos intuyeron una diferencia, no penetraron en su síntesis. Plasmaron sus ideales en los de la Revolución Francesa que, sin duda, expresaban en ese momento el innato deseo de libertad de un pueblo oprimido y conocedor de su fuerza ante la debilidad del opresor. Francia pasó a ser para estos países el primer motor y espejo donde se reflejaron todas sus in-

quietudes artísticas. En Sud-América hubo, pues, románticos, naturalistas, simbolistas.

¿Acaso América está destinada a seguir paso a paso la experiencia europea, cuando lleva sólo cuatro siglos de existencia y un arrastre aborígen considerable, más todavía cuando dicho arrastre expresa una manera de ser totalmente distinta a la que se le ha querido imponer? ¿No hay en América una gran incomprensión de la verdadera Europa, no por razones intelectuales, sino que por sentir las cosas en distinta forma? Acordémonos del liberalismo superficial de nuestra generación del 42 con ansias de encerrar todas las manifestaciones del ser en dos o tres cláusulas de elegancia, ironía y escepticismo. Sabemos que América no se precisa, mas percatamos su corazón latiendo en busca de arterias y venas donde derramarse.

---

El aparecimiento de Gabriela Mistral señala un punto álgido en nuestro desenvolvimiento. Ella como mujer y madre, penetró en nuestra naturaleza con diafanidad y pureza no igualada. Gabriela Mistral comprendió el paisaje americano. Nuestra personalidad se haya misteriosamente interpretada en el paisaje. Su misma fuerza y colorido ha puesto en el alma de los que en él viven un sello nuevo que la Mistral ha sido la primera en cantar. ¿No hay, acaso, en el paisaje una palabra escondida que define al ser? ¿No puede el hombre sentirse interpretado en el paisaje? ¿Acaso el poeta, al cantar el paisaje no canta a su propio ser allí reflejado? Puschkin y Góngora, el uno, primer destello de una cultura, y el segundo punto álgido de otra, encontraron en el paisaje la misma imagen de su angustia y su alegría. Me parece encontrar entre el paisaje y el ser una relación tal, que el poeta, en su intento de penetrarlo —intento nunca realizado, porque el paisaje no es otra cosa sino que el misterio de los objetos paradójicamente llenos de luz y oscuros—, intenta también encontrar la luz que unifica su propio ser.

El paisaje es la armonía, tanto plástica como musical del conjunto de creaturas en las que nuestra mirada reposa cotidianamente. Esa armonía entregada por Dios Creador a nuestro gozo, alaba escondidamente junto a nuestro gozo la

gloria del Poderoso. Así pues, en la inefable Historia de Dios, la creatura y su armonía entonan juntos un cántico de gloria, de tal modo que entre ambas se realiza una relación ubicada en la raíz de su ser. Si el paisaje son las creaturas y su paradoja de luz y sombra, también son las cosas en eterno movimiento, como el flujo del mar, hacia el misterio de Dios.

Gabriela Mistral buscó el paisaje y lo cantó en un gran poema —que no otra cosa es el conjunto de su obra— y en el paisaje encontró su propio espíritu de maternidad y pureza, constituyéndose con profunda realidad en la madre de esta tierra ignorada. Es ella quien descubre a los ojos de los hombres la pura y constante conversación entre objeto y objeto, entre colina y colina, entre valle y valle. Esa conversación es especial y propia de América.

Junto a ella y siguiéndole en pocos años, han aparecido dos de los novelistas, de quienes nos ocuparemos: Ciro Alegría y Francisco A. Coloane. Rómulo Gallegos, siendo anterior a ellos, pertenece a otra generación y nos ocuparemos de él, porque resume en gran parte lo percibido por Alegría y Coloane.

---

Ciro Alegría ha descrito los seres en medio de la sierra peruana. Digo que los ha descrito, porque en verdad no son sino que otra planta, creciendo en medio de la inmensa sierra, junto al trigo, a la papa y algunos arbustos. Alegría, así como Thomas Mann penetra en el paisaje bíblico de Jacob y sus hijos, encuentra en la dura cordillera el reflejo de cada uno de los actos del indio peruano. Describe el estatismo de esos valles secos y los semeja con la pasividad exterior del comunero inca. Pero intuye, así mismo, la movilidad del paisaje en su sucesión de amarillo y cielo y junto a ello la movilidad desconocida para el hombre de Occidente del alma interior del indio. Alegría no llega, en realidad, a su meta, mas notamos en sus personajes el principio de una interpretación del indio americano en una perspectiva dialéctica opuesta al pensamiento occidental. La felicidad del indio aparece como efecto de causas insospechadas y su dolor se sitúa en lo estático de su ser, como si tuviera un principio puramente

eterno. El indio no llora en las obras de Alegría, porque su dolor no es el nuestro. El indio no ríe en su felicidad, canta o simplemente mira. Hemos creído ver siempre en la mentalidad aborigen una reacción infantil ante las cosas, mas estos seres viven su angustia y su terror con la humildad que confiere la ensoñación del recuerdo. Ellos tuvieron su cultura y nada ha habido que se la destruyera; su pensamiento se dispara en una trayectoria indefinible para nuestras miradas, y su alma verdadera se pierde tras sus ojos.

Ciro Alegría cree encontrar en el indio el camino de América, mas se enamora demasiado del paisaje de América para que lo creamos. Su personaje es una planta expuesta a la tempestad y bonanza de la sierra dura y suave como madre; quedará aplastado ante la inmensa masa de tierra y sol en la que vive. Mas la historia del indio americano aparece hoy a nuestros ojos con un velo espeso e inexplicable y *Ciro Alegría* nos abre una pequeña luz radicada más allá de esos ojos alargados y muertos.

---

Francisco A. Coloane, novel autor chileno, ha publicado una serie de cuentos que se refieren casi todos a la descripción de la naturaleza y hombres de nuestro Chile austral. Nuevamente debo escribir "descripción", porque también Coloane tiende a penetrar en el paisaje. Mas no es un paisaje tranquilo y espeso: es uno lacerante, solo, que quema a su sola vista. Los hombres no yacen ni vegetan; son seres llegados allí por desesperación, seres solitarios que han callado todas las palabras por encontrarlas innecesarias, hombres que no tienen otro fin que luchar y morir. El paisaje se presta admirablemente para englobar a estos hombres. No hay árboles ni pájaros, no hay piedra, el cielo no se ama, porque es una continuación de la tierra, la tierra es angustiosamente solitaria, blanca; sin horizonte exactamente, por tener demasiado. El sabe y conoce el vértice del mundo. Su espíritu se dilatará como la tierra, y como la tierra, blanco, frío y duro. Su pasión, su concupiscencia llega a una magnitud tal, que recuerda la hipertrofia de las pasiones solitarias; si odia, matará; si ama, su amor será de macho fuerte; si su sexo



arde, enloquecerá. El hombre y el paisaje, unidos en su soledad y en su angustia. La tierra es vasta y no hay hombres, sólo nieve o arena. No hay gritos ni clamor. Solamente un cansancio de esperar alguna voz nunca oída, un largo mirar a la inmensa, fría bóveda del cielo. El hombre muere sobre el caballo o en su choza de hambre y frío: no ha ido a otra cosa. Los personajes de Coloane aparecen como seres que han superado la muerte por despreciarla, y los creemos más perfectos. Aun Coloane los cree más perfectos. Odian a la tierra, porque sólo con ella deben luchar, mas también la aman, porque ella es el reflejo de su ser. Son seres que se odian a sí mismos, porque han seguido una trayectoria concreta y definida, fracasando en su intento. Son seres desesperados, por no poder ser ellos mismos y son desesperados de todo, aun de Dios; sus vidas, por tanto, se realizan en el pecado y la noche.

Así como Alegría, Coloane ha abierto a sus personajes en el paisaje que les convenía, porque hay entre ellos una relación de forma a ser. Aunque en su estilo recordamos a Jack London no olvidemos la premisa de este ensayo: son autores que más aman el paisaje que al hombre, porque ven en el paisaje más claramente la noción del hombre y ahí radica —por muy influenciados que estén— el principio de una sabiduría de América y del hombre americano.

En Coloane, el hombre es un ser vivo y angustioso a diferencia del de Alegría que —como dije— tiende a ser una flor o una colina. Coloane no tiene una finalidad definida respecto del hombre americano: pinta individualidades. Por lo demás, los hombres que pueblan Tierra del Fuego son cosmopolitas; su descripción es más viva por estar más de acuerdo con lo que nos rodea. Alegría ha emprendido una tarea más dura, más incomprendida; tratar de penetrar el alma del indio es un trabajo difícil de realizar plenamente; él u otro llegarán algún día — al menos es nuestra esperanza.

---

Nos referiremos, por último, a un autor que no pertenece a la nueva generación. Su obra aparece a comienzos de este siglo y pertenece al ciclo artístico correspondiente en Chile a

Blest Gana y Jotabeche: la novela de aventuras sentimental y romántica, en que los personajes no piensan sino para realizar un acto cualquiera. Mas Rómulo Gallegos es un hombre de genio que superó plenamente dicho género. Superó la aventura y se dirigió rectamente a la psicología del negro y del criollo americano. Es un hombre de genio, porque en cierto modo dió un salto a través de la producción artística americana —hoy descubriéndose— para buscar la personalidad nueva de los sudamericanos. Es así que yendo por otra vía —menos perfecta, por no ser continuada— ha dado un paso más adelante sobre los autores antes comentados. Y nos adentramos en el corazón del americano.

Sus personajes son aventureros del llano venezolano, que no esperan sino seguir caminando y trabajando. Consideran la existencia como una sucesión de hechos y sin aparente relación, sabiendo que nada podrá redimirlos de su dolor y miseria. Viven en ellos y Dios es un ser abstracto al que se le deben sacrificios y oraciones. No les preocupa la muerte, porque la vida es un camino necesario de recorrer; no tienen una idea, ni siquiera una aspiración de la felicidad terrena, nostalgia de los europeos; no conocen las causas que explican sus vidas. La muerte, como la vida, es un camino necesario de recorrer. Mas son supersticiosos y animistas, nó a la manera india o primitiva, sino que esperando siempre un destino que rija sus existencias e influyendo en sus actos de tal modo, que creen ver constantemente un símbolo de sus destinos particulares en cada uno de ellos; estos destinos los conducen por una senda desconocida, pero que es necesario penetrar, para así cumplir plenamente consigo mismos. Sus relaciones con la divinidad carecen, en cierto modo, de amor; conocen el miedo, lo que los aleja más aún de toda entrega y tratan de asentar sus vidas en otras causas como la aventura, la tierra, el vagar constante. Pero saben que existe un cielo, lugar imponderable donde se es plenamente feliz. Saben que existe un Dios Padre y Creador, al que todos tendrán que comparecer en juicio. Mas se arrastran solitarios en medio del llano venezolano, unos robando, otros cantando y uno de ellos, el Licenciado Céspedes, personaje de "Pobre Negro", abogado y culto, recorriendo las sierras y los llanos, esperando el Día del Gran Sembrador, próximo a llegar

según él. Este Gran Sembrador es un concepto político-moral destinado a aparecer en Venezuela, liberándola de extrañas doctrinas y de tiranuelos antojadizos. El Gran Sembrador del Licenciado Céspedes es como una esperanza de nueva vida liberada ya de la angustia y temor presentes. Vida en que el negro no sea oprimido, mas sí comprendido; en que el americano se encuentre con su propio ser. El Licenciado Céspedes, personaje chestertoniano, busca esa idea recorriendo pueblos y ciudades, trabajando en las más extrañas labores y adquiere una sabiduría del hombre resumible en la siguiente frase: el amor y la esperanza son verdades, según las cuales se debe vivir, mas se hallan escondidas en el fondo de los corazones y estamos destinados a no verlas y buscarlas.

Rómulo Gallegos acoge al negro y lo hace aparecer como el hombre del instinto, infantil y sensual. En su música, su danza y su poesía, en todas sus manifestaciones, el negro es puramente instintivo:

“Nace el pej que apenas gira  
al tocar el seno jondo  
cuando en una ré-de fondo  
encarcelado se mira.  
Allí batalla y suspira  
cuando desprenderse quiere.  
No es posible de que espere  
una vida perdurable  
y como nada es estable  
todo lo que nace . . .  
Airó, airó, airó,  
. . . muere”.

Como instintivo, es capaz de todas las pasiones y será perverso o supersticioso, hipócrita o franco, bondadoso y con un natural respeto por el amo blanco; cuando se subleva lo hace junto al blanco sublevado y deja mujer y tierra por matar y quemar. Es flojo y tiene siempre la tendencia a recostarse bajo un árbol y entonar rítmicas canciones.

Las páginas más bellas sobre la mujer americana las he encontrado en las novelas de Gallegos. Doña Bárbara y so-

bre todo Luisana Alcorta, son personajes tipos de mujer fuerte y profunda conocedora del hombre. No son coquetas ni superficiales; más bien su existencia se desarrolla en un plano de tragedia y angustia, siguen al hombre en sus caminos rudos, solitarios. El hombre no es su finalidad; le temen y permanecen solas ante el terror de lo desconocido; los ruidos de la selva, la ronda nocturna de los hombres sensuales, la oscuridad de las mansiones solariegas, las enfermedades tropicales, las supersticiones de las negras, el relincho de los caballos, las voces, todo lo reciben en sus corazones frágiles, creándoles un mundo en el límite de lo real y de lo irreal. Mas en su debilidad son fuertes y aman con verdad, porque son los únicos personajes de Gallegos que saben de algo estable y continuado; no buscan su destino sino que esperan calladas la maternidad, el amor y aún la muerte.

**POR PRIMERA VEZ EN CASTELLANO**

podrá leerse la maravillosa joya del arte cristiano de todos los tiempos:

**“La Anunciación a María”**

de Paul Claudel.

**EDITORIAL DIFUSION CHILENA**

ha confiado esta traducción a la delicadeza literaria de José María Souviron.

La obra, finamente editada, aparecerá en pocos días más.

## MEXICO Y AMERICA EN VISION DE LAWRENCE

A quien no ha salido jamás de su terruño, ya sea por vocación de sedentario o porque no pudo nunca alzar el vuelo, le será difícil encontrar entre sus experiencias algo comparable a las extrañas sensaciones del que visita un país exótico. Ni siquiera el sueño. El sueño, por muy disparatado que sea el curso de nuestra imaginación descontrolada, opera con elementos de nuestro espíritu y nos da por lo tanto visiones que, de alguna manera, nos son familiares. He aquí, en cambio, que nos encontramos sumergidos en un cuadro en que todo, desde los detalles, las pequeñas costumbres, el clima y el paisaje, hasta las grandes concepciones, reviste contornos inusitados. Nuestro espíritu entonces se dilata, como la pupila ante el asombro y el raudal de las nuevas sensaciones que lo penetra y quebranta la mansedumbre de sus aguas más profundas.

D. H. Lawrence está habituado a esta clase de experiencias y tiene el don especial de poder transmitir las. Viajador recalcitrante, podría inscribir en su escudo la frase del poeta antiguo: "Vivir no es necesario, navegar es necesario". En uno de sus viajes llega a Méjico a través de su novela, "La Serpiente Emplumada" (1), logra transmitirnos en forma magistral su reacción de inglés supercivilizado frente a este pueblo que tiene en su seno casi diez millones de indios.

Kate —personaje principal de la novela—, esa irlandesa aventurera, de espíritu amplio, mujer inteligente, pero femenina, y que en su afán de comprender

---

(1) Editorial Losada. Buenos Aires, 1940.

al pueblo que visita, sentimos vivir en tan hondo calor de simpatía, es el portavoz que Lawrence elige para contarnos sus impresiones.

En el aspecto físico, el país pesa sobre el escritor con una fuerza deprimente. Su clima es electrizante, sus colores vivos con tonalidad de sangre y se siente la tierra como una serpiente viva y enrollada de la que se desprende un pesado vaho de destrucción y muerte.

En cuanto entidad humana, Méjico se le aparece como un conglomerado de un cincuenta por ciento de indios más o menos puros, con una pequeña proporción de extranjeros y el resto mestizos, principalmente de indio y español. Los indios, "columnas de sangre oscura", tienen toda la fuerza de los elementos naturales, pero les falta la energía necesaria para movilizar dicha fuerza. Son indolentes y porque sufren su miseria sin esperanzas, son menos que sub-hombres: verdaderos vegetales. Los mestizos arrancan su tragedia, según el autor, del hecho de estar interiormente divididos como consecuencia de la mezcla de sangres. Están impregnados de ideas europeas y no sienten ni comprenden a Méjico. Finalmente, los extranjeros dominan al país por la economía y fatalmente irán absorbiendo sus escasas energías.

Hay, en la manera en que Lawrence entiende al hombre, el resabio de errores muy de moda. Para él, por ejemplo, la raza es un factor casi insuperable. De allí el fracaso que, según el escritor, tuvieron los españoles en su afán civilizador. "Los hombres de Méjico —dice uno de los personajes de esta novela— son lo mismo que árboles, bosques enteros que los blancos derribaron al llegar. Pero las raíces quedaron en la tierra y brotan de nuevo. Cada brote echa abajo una iglesia española o una fábrica norteamericana".

La salvación, que no vino de los españoles, no vendrá tampoco del socialismo. Para éste el pueblo me-

jicano representa un excelente tema que es preciso aprovechar debidamente. Se trata, aquí, no sólo de una explotación política sino hasta cultural y artística. Tal, la representación del indio en la pintura decorativa mexicana, como símbolo del socialismo y de la anarquía, pero completamente divorciada del indicio de la vida real. Aunque fuera más honrada la actitud socialista, Lawrence advierte la inutilidad de toda reforma social o política antes de cuidar de la reforma del individuo. Esto le parece una empresa tan insensata como la de preocuparse de lavar la cáscara de un huevo antes de que salga el pájaro; sólo se conseguirá que el huevo se enfríe. Es necesario previamente empollar el huevo. Despertar al indio de su pesado sueño centenario inyectándole un nuevo ideal, un ideal que responda al hambre de lo divino, a ese impulso de buscar a Dios fuera de sí que reside en el corazón de todo ser humano.

Un par de hombres acometen esta empresa, eligiendo como ideal para ser inyectado, el renacimiento y modernización de las viejas tradiciones aztecas: la religión de Quetzalcóatl —La Serpiente Emplumada— y de Huitzilopochtli — el rojo, el vengador. El desarrollo de esta tarea, la adhesión a ella que se pretende obtener de Kate, la protagonista, el choque que en ésta se produce entre su mentalidad europea y las nuevas ideas, su resistencia y su final entrega a este encanto misterioso: tal es el tema central de la novela.

En perfecto acuerdo con las teorías racistas y nacionalistas, se sostiene en esta obra la necesidad de que cada pueblo hable el lenguaje de su propia sangre y tenga su propio Salvador. Los mejores de cada uno de ellos constituirían una aristocracia natural que, esta sí, sería cosmopolita, permitiendo la unidad orgánica del mundo. Pensamos que nos será permitido dudar de que se logre una unidad con tales medios. En un país

la aristocracia no es un ente aislado, superpuesto, fabricado desde afuera, sino por el contrario, la floración excelsa de la nacionalidad, que lleva en sí, sublimizadas, todas sus características. De allí que si cada raza ha de tener su Salvador propio, su religión nacional, las aristocracias, participando de estas divergencias, no puedan tampoco unirse y sea imposible impedir el choque entre pueblos que tengan de la vida concepciones tan contrapuestas. Porque el hombre siente al mundo como una unidad y aspira a que todo el género humano participe de su versión de la verdad: es esta la afirmación que se encuentra en el origen de todas las guerras.

La historia nos demuestra, de esta manera, que o hay un solo Salvador para toda la humanidad o debemos descartar para ella toda posibilidad de salvación.

En una forma que podemos calificar de maestra, a través de extraños himnos, ritos y ceremonias, nos expone el autor la doctrina con que se pretende llevar la salvación a Méjico. La comunión con la naturaleza, el aniquilamiento de la personalidad en el cosmos, el despegó a todas las cosas, materiales o morales y la liberación de lo instintivo: tales son las características de la renovada antiquísima religión.

Pero, ¿qué son las religiones primitivas y locales? La Verdad es una, pero la carne es débil y las circunstancias históricas, el clima, las herencias ancestrales, desvían a la Verdad en un sentido que es peculiar a cada pueblo. La religión nacional resulta así una amalgama de la aspiración a lo Eterno con las propias miserias. Un bullir en el lodo de sus bajezas: Ese es el sino de los pueblos que no han oído o han desoído la voz de la Revelación.

Una aplicación de lo expuesto podemos hacer en el asunto que nos ocupa. En efecto: ¿Será acaso posible levantar de su postración al indio mejicano predicándole



el panteísmo y el nirvana? ¿No será acaso más probable obtener su salvación exaltando ante sus ojos el poder de la voluntad libre, capaz, según la doctrina católica, de obligar en cierto modo al mismo Dios? La Iglesia llevó a Méjico la civilización y la cultura. Ahí están entre otras, para demostrarlo, las figuras de Fr. Pedro de Gante, fundador de la Escuela Industrial del Convento de San Francisco de Méjico, la primera en su género que hubo en América, y el Obispo Zumárraga, fundador de Tlalteolco con su colegio de Santa Cruz, centro de humanidades, y sus ocho establecimientos para enseñanzas de las niñas.

La ruptura entre Méjico y el catolicismo se debió a causas entre las cuales no son por cierto las menos importantes ciertas influencias extrañas al pueblo mismo, que se ejercitaron por quienes, guiados por afanes imperialistas, estaban muy interesados en debilitar su unidad. La sangre de muchos mártires mejicanos junto con el torrente de Gracia que en cada misa se derrama, nos hace, sin embargo, mirar con optimismo el porvenir de esta tierra. No está lejos el día en que los mejicanos vuelvan al catolicismo con ese amor tan intenso y tan gozoso con que se vuelve al objeto de nuestros sentimientos tanto tiempo perdido y al fin recuperado.

Lawrence se pregunta qué resultará del encuentro entre la civilización de los blancos con el espíritu primitivo de América y unas veces afirma que esta última está destinada a ser el continente de la muerte, la negación materialista frente a la afirmación espiritual de Europa, y otras, supone que un nuevo concepto de la vida, una fe más potente, surgirá de esta fusión.

Pensamos que es más acertado este segundo vaticinio. En el mundo se pone fin en nuestros días al ciclo histórico que se inició con la Revolución Francesa. Europa se debate, agotada, entre la cadena de errores que

se originaron de ese movimiento: individualismo, estatismo, nacionalismo y comunismo. América debe, entonces recoger la herencia de la civilización cristiana. Ahora bien, una verdadera filosofía de la historia nos enseña que, si bien es cierto que la Verdad es una y no varían los principios supremos de la vida humana, ellos se realizan según modos diversos, de acuerdo con las condiciones particulares de lugar y tiempo.

De esta fusión entre lo permanente de nuestra civilización, que es el cristianismo, y el espíritu primitivo y fuerte de nuestra América, ha de surgir, entonces, un nuevo ideal, que entre otras características tendrá la de contener una unión más íntima con lo natural, una concepción de la vida menos artificiosa y un vigor más juvenil. Preservar para ello, cuidadosamente, nuestras energías es, en esta hora de crisis, la obligación principalísima de los que hemos recibido el don de nacer en estas tierras.

## **Temporada escolar de 1943:**

TODOS LOS

### **Textos Escolares**

en uso en los Colegios Fiscales y Particulares, y gran existencia de

ARTICULOS DE ESCRITORIO

a los precios más bajos, en

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

SANTIAGO: Av. B. O'Higgins 1626 - Cas. 3746 - Tel. 89145

VALPARAISO: Independencia 2042 - Tel. 7168.

## LA AGUJA DEL TIEMPO

---

● Dos famosos personajes —ambos norteamericanos— han muerto en estos días. Uno de ellos mucho más famoso que el otro, pues se trata de un famoso potentado de la banca, y de un poeta. El primero, John Pierpont Morgan, uno de los hombres más ricos del mundo. Se ha ido, el pobre, no ha podido llevarse consigo nada de lo que amasó en riquezas. Ahí han quedado las acciones de banca, los dineros, el reluciente oro, las inmensas propiedades. Bagaje inútil para el viaje definitivo, que no puede hacerse en “yate”, ni en “pullman”, ni en nada por el estilo. ¡Pobre John Pierpont Morgan! Absoluta y perfectamente pobre, mendigo, miserable, al dejar atrás lo que le hizo disponer de tanta gente y de tanto poderío. Un día cualquiera llama a la puerta del potentado una pasajera invisible. Ya no hay criados que salgan a abrir, ni antecámaras que guardar. La pasajera, pálida, anda con ingravidez, se desliza por doquiera, se presenta ante el hombre poderoso y le dice: ¡Vamos! Y el hombre tiene que seguirla, quieras que no. Todo queda vacío en un momento y el palacio se llena de una sombra fría que penetra por todas partes y conmueve las lujosas cortinas con un soplo angustiado..

Es significativo ver que la muerte de Morgan ha merecido en los diarios un espacio mayor que la muerte de Stephen Vincent Benet, el delicado poeta, fallecido al día siguiente. Seguramente que el poeta habrá dejado atrás muchas menos cosas difíciles de transportar: menos maletas, menos talegos pesados. Por eso ha merecido tres líneas el anuncio de su partida, en tanto que la de Morgan ha llenado —¡helas!— algunas dobles columnas de recuerdo.

● Morgan tenía, como es natural, esos rasgos que suscitan comentarios por venir de un personaje importante, pero que pasan inadvertidos cuando parten de algún individuo oscuro para las alabanzas del mundo. Uno de esos rasgos dió motivo a una curiosa anécdota. Curiosa por el contenido humano, psicológico y por lo pintoresco de su naturaleza. Sabido es que Morgan tenía una nariz desmesurada; una protuberancia carnosa, abundante, granujienta, un tanto deformada por rojizas estribaciones; nariz que llamaba la atención y que más de una vez sirvió de agarradera a los caricaturistas y satíricos. Pues bien, Morgan tenía un empleado, al que le ligaba un protector afecto, y al que ayudó a subir rápidamente en una de las industrias por él dominadas. Este empleado, ingeniero de origen humilde, pero competente y trabajador, tenía un hijo, un chiquillo al que había apadrinado John Pierpont. Y tenía el privilegio de recibir, para el cumpleaños de este rapaz, la visita de Morgan, que almor-

zaba en su casa aquel día, cada año. Cuando el chico tenía unos seis años, llegó la mañana de aquel día, y la madre del chico le previno que tuviera buen cuidado de no hablar en la mesa, y sobre todo —¡ah, sobre todo!— mucho cuidado con no hacer alusión a la nariz enorme y pimentada del protector. Le repitió varias veces el consejo, llegó la hora del almuerzo, el chico se portó bien, pero la madre estaba en ascuas, porque veía que los ojos del niño estaban todo el tiempo clavados en el apéndice nasal de Morgan. Llegados los postres, el chiquitín se fué a dormir y la madre, que había pasado una hora de nerviosidad y preocupación, sirvió a Morgan una taza de café y (secretos de los resortes psíquicos) le preguntó con toda tranquilidad: “¿Cuánta azúcar quiere usted en su nariz?” No sabemos el resultado de esta plancha extraordinaria.

● A fines del año pasado, Michael de la Bedoyere, director del “Catholic Herald” de Londres, pronunció un discurso en Dublin, del que entresacamos los siguientes párrafos:

“Hay ahora un renovado interés por la Cristiandad, pero parece que existe un verdadero abismo entre la teoría y la práctica, y al decir “práctica” me refiero a poner en actividad los valores cristianos allí donde el hombre de hoy está sintiendo los tormentos relacionados con lo espiritual, moral, cultural, económico y artístico. Pero allí donde cualquier hombre del mundo mira en busca de un cristiano, lo que encuentra es un inglés, un alemán, un irlandés, un millonario, un abogado, un político de derecha o de izquierda, un eclesiástico profesional, un obrero, un soldado, un hombre de negocios, un granjero, y entonces el hombre del mundo se vuelve hacia otra parte, decepcionado. No es que tales cosas sean necesariamente malas o inconsistentes con la Cristiandad, pero francamente, yo preferiría que el hombre del mundo encontrara adúlteros, asesinos y bandidos que no pensaran en los valores cristianos, por estar lejos de practicar tales valores, antes que encontrar hombres que ejerzan sus profesiones y ocupaciones de un modo tan sometido al código del mundo que no se pueda distinguir en ellos la Cristiandad.

“No pretendo dar aquí la idea de que el cristiano debe ser tan heroico como para renunciar a su carrera o colocación por el hecho de que el mundo de hoy dichas profesiones estén tan poco relacionadas con el Cristianismo. Quiero indicar solamente, para comenzar, que los cristianos tienen que llegar a convencerse de que tienen un deber lógico e intelectual, al menos, de pensar como cristianos, de ver un problema, de entender que hay un conflicto (y debe haberlo) entre los valores de una mala civilización que se desintegra, y los valores de la verdadera religión que han permanecido por dos mil años, y cuyas enseñanzas han sido despreciadas, con un resultado tal como el que clásicamente suele seguir a las predicciones y advertencias de los predicadores y profetas”.

● Una indiecita piel-roja, llamada "Lirio de los Mohawks", o por su propio nombre, Kateri Tekakwhita, vivía en los territorios que han dado tanta luz novelesca a las historias de combates en las praderas. Ahora, S. S. Pío XII, ha sancionado la publicación de un decreto que muestra la declaración de la Sagrada Congregación de Ritos, proclamando que las virtudes de Kateri fueron heroicas. Aunque la fecha para la publicación oficial de este decreto no ha sido fijada aún, cuando aparezca tendremos que Kateri, Lirio de los Mohawks, será llamada desde entonces "Venerable". Este es el primer paso hacia la beatificación y canonización. Las historias de Sitting-Bull, de Buffalo Bill, las grandes cabalgadas en las llanuras, el ulular de los caciques, toda la aventura del Oeste, se llenará con un perfume lílial, entre la arisca naturaleza, ante el recuerdo de Kateri, la dulce.

● Ha aparecido un libro de Pfandl sobre Felipe II. Un libro que nos muestra cómo fué aquel rey que ha suscitado tanta controversia, el que pintaron Pantoja de la Cruz y el Tiziano, vestido de negro, delgado, de una elegancia seria y tranquila. Con un método riguroso, lejos de todo panegírico innecesario, Pfandl retrata a Felipe II y su dictamen de investigador sereno, psicólogo e historiador, es favorable a la gran figura histórica. Nosotros intentamos simplemente —dice Pfandl al comienzo de su obra— presentar un Felipe II tal como nos lo ofrece y perfila la investigación actual, descubrir la carga hereditaria que corre por sus venas y dilucidar el problema de la influencia ejercida por su padre y por sus maestros en sus sentimientos e impulsos y convicciones; rastrear en las huellas de las ideas dominantes de su vida, diferenciándolas de las de sus grandes predecesores y de su progenitor. Representárnoslo en su doble vida de hombre y de rey, esa vida que en mitad comprende al esposo y al padre, al Mecenas amigo de las artes, al arquitecto y al bibliófilo, y en la otra mitad abarca al regente y gobernador de un imperio, al político y al diplomático, al jefe que planea y dirige remotas batallas, al juez inflexible, al burócrata consagrado a sus expedientes". Un libro lleno de interés y de animación, a la par que un documento histórico excelente.

*H. Y. L.*



## EL PAISAJE DE LAS LETRAS.

### **"EL PAPA DEL GHETTO", POR GERTRUDIS VON LE FORT**

La Editorial Difusión Chilena entregará a la circulación en pocos días más, esta notable novela histórica, gloria de la literatura cristiana de los últimos tiempos. Como una primicia damos en seguida el prólogo que para la primera edición castellana ha escrito su traductor, José María Souviron.

He aquí una historia romana. ¿De cuál Roma? La vemos desarrollarse en los albores de la Edad Media, cuando ya las columnas imperiales, caídas sobre la yerba, desde tantos años antes, han grabado una huella profunda en el suelo de las colinas. El ambiente nos retrotrae visiones de aquellas pinturas ingenuas en apariencia, anteriores a las primeras perspectivas del Giotto, tan elementales. Pero no podríamos decir que es sólo una historia de aquella Roma, sino de la Roma de siempre. Por cierto que esta ilusión visual y pictórica viene a confirmar la permanencia en el tiempo; pues casi más que a las pinturas primitivas, nos llevan las calles que aquí recorreremos a las profundas visiones modernas —tal vez eternas— de un Giorgio de Chirico. Y esto es lo de menos, porque la luz que arde en esta historia, y que consume cirios y antorchas, es una luz que ha ceñido a Roma desde el primer día de su historia; por lo menos, de su historia como centro de la cristiandad.

Los dos poderes definidos por el Fundador de la Iglesia, cuando le presentaron la moneda con la efigie del César, aparecen, tanto en esta obra como en advenir de la historia, más separados que juntos. Solamente en intervalos de armonía se dan el brazo para caminar de consuno y avanzar en su solo y total destino. Pero el poder de Roma, de la Roma inmutable del catolicismo, subsiste por encima de estas separaciones o acercamientos. Subsiste no sólo por la alegría triunfal de las armonías entre el brazo secular y el eclesiástico, sino más aún, por el sufrimiento y el desgarré que sufre este último, en su aspecto de relación divina, cuando el otro le abandona. Entonces es cuando la cruz se alza sobre la ciudad, sobre esta Roma a la que sus habitantes llaman, a lo largo de la crónica, "la ciudad de oro". Oro que trajo Tito desde Jerusalén, oro que la multitud quiere ver llenando sus escarcelas, oro que fluye por las ventanas de los grandes palacios en luz amarilla, pero que no vale nada frente al resplandor (a veces velado por la dureza de la prueba) que vierta la cruz de Cristo sobre la ambición de los hombres.

Una parte de ese oro que perturba la vida de la ciudad —y de la de todos los hombres— fué traída desde Jerusalén saqueada. Y allá, en el barrio judío, en el **ghetto**, al otro lado

del Tíber, vive muchedumbre de hombres y mujeres que sienten la cercanía de ese tesoro, y que espera el día de la restitución, o de la "justicia". Estos judíos de la Roma medieval, como los de después, buscan sin descanso la justicia. Es innegable que el sentido de la justicia está en ellos profundamente arraigado (junto con el otro, pues quisieran que su ciudad fuera la ciudad justa, además de la ciudad "de oro"). En torno a esta doble sed corre la vida de los protagonistas judíos de esta obra. La ambición fría, medida, compartida con la protección a la Iglesia, de un Petrus Leonis, y el hambre de rehabilitación, de "justa" venganza que corroe la vida de Myriam, su esposa en abandono, corren parejas y van más juntas de lo que a primera vista se antoja. Esta ambición de justicia sola y aislada tiene su grandeza, pero es incompleta y, a la postre, vacía e inútil. La muerte llega a sellar su anhelo. Lo que les hace falta a estos judíos —y a los que como ellos sienten— es el Amor. Por eso su relativa grandeza está embozada en una miseria inconfundible. El Amor es la Cruz, y los judíos huyen despavoridos ante ella. Ahí está la sima vacía de sus vidas. Y solamente ese amor, al atravesar como una espada el pecho de la joven Trofea, judía también, realza por medio del dolor las tinieblas de su camino.

**"Ya no habrá más inocentes asesinados"**, exclama el cardenal Pier Leone cuando piensa que será elegido Papa. (Justicia es lo que quiere, y nada más). Por eso se pierde, porque el Amor no ha entrado en sus venas animadas con la sangre de Israel. Siendo seminarista, dijo un día a uno de sus maestros: **"Si yo fuera un sacerdote de Cristo como vos, Padre mío, quisiera luchar para abolir la injusticia de la tierra"**. Y el padre le respondió: **"Ten cuidado con no abolir también la cruz"**.

Grandeza y miseria de la vida de un hombre y de muchos hombres. Miseria de lo "humanitario", por alto que sea su pedestal.

Grandeza y miseria. ¿Acaso la creación y propagación de las teorías sociales en busca de la "justicia" no han sido, después, obra principal de judíos, (y tienen su grandeza); y sin embargo, están condenados al fracaso mientras les falte a los hombres que las siguen el amor a la Cruz...? Se nos ocurre relacionar con el aire de este relato de Gertrudis von Le Fort, con su intenso contenido espiritual y humano, esta realidad histórica. Mejor dicho, esta verdad humana, terrible, desconcertante.

Pues ¿cuál es en realidad el sitio de la justicia? Oigámoslo decir al Padre Santo, cuando dialoga con el joven Pier Leone: **"Hijo mío: la justicia no existe sino en el infierno; en el cielo está la gracia, y en la tierra la cruz"**. Y a estas palabras sucede la espantosa exclamación que brota de los labios del futuro cardenal, del futuro Anacleto II: **"¿La cruz de Cristo por toda recompensa?"**

Este es el drama de los hombres, de los judíos y de los que no lo son; pues triste es oír vituperios contra los pri-

meros, en boca de quienes tienen centuplicados sus defectos sin llevar sangre israelita. Solamente con el Amor se puede llegar a soportar la injusticia, solamente con el Amor se puede aceptar la grandeza de la cruz, que asusta a los que no aman la verdad. ¡Y hay tan poco amor en nuestras "ciudades de oro"! ¡Tan poca luz que no sea la de los doblones amarillos, que es harto difícil darse cuenta de que la mayor recompensa, el premio más alto, el que no se quiere abandonar cuando se le conoce, cuando se le ha recibido como pago —a veces excesivo— es ese que el joven Pier Leone (y todos los Pier Leone que en el mundo son y han sido) rechazan por temor! Es natural que eso suceda (natural de nuestra naturaleza dislocada, torcida en su crecer por el oro de la soberbia y la avaricia). Ya llegarás, lector, a esa página en que el cardenal obispo Petrus de Portus, junto al Papa Honorio moribundo, pide en su alma protección frente el mundo que se lanza en contra de la Cruz. Y su pensamiento dolorido resume la lucha permanente: "Estamos en este mundo donde todo no es sino rebelión y violencia; orgullo y violencia; dinero y violencia; odio y violencia..."

Fluye por estas páginas una oscura melancolía, pero al fondo de las noches está siempre la luz clarísima, inexpressable, de la mañana. Y la tristeza es paso para el gozo. Es el amanecer de la Edad Media, lo que vivimos en esta historia. ¡Qué noches debían de ser aquellas! Difícilmente podemos imaginarnos hoy, con los ojos acostumbrados a nuestras luces "físicas", lo que sería una noche de tempestad en aquellas calles romanas, cuando el viento y la lluvia apagaban todas las antorchas. Negror de aquellas paredes de los palacios antiguos, tiniebla de las ruinas paganas en las colinas; los mármoles viejos azotados por los torrentes de la tormenta y al fondo de las iglesias, parpadeando, los anchos cirios trémulos ante el altar.

Noche en los corazones y en los ojos; amarga noche que retorna al mundo con lóbrega frecuencia. ¿De qué nos sirven hoy todas las luces artificiales y destellantes? ¿No estamos en una noche parecida a la noche de Roma? Sobre las columnas de mármol amarilleante, tendidas, desordenadas, restos de una civilización que algunos, como los Frangipani de la historia, se empeñan en resucitar, en despertar de su agonía. los árboles se ponen a temblar sin que haya el menor soplo de viento. Temblor aterrorizado. Y algunas veces se oyen los cascós de los jinetes del Anticristo —así lo llamaba el pueblo— golpear contra las piedras de las calzadas. ¿Estamos hoy tan lejos de esa noche? ¿Creeremos los cantos de optimismo que nos rodean, cuando son sólo voces de los caminantes para quitarse el miedo?

Sobre este mundo y aquél —que son el mismo mundo—, sobre aquel **Ghetto** de la obra del Tíber y sobre los palacios



de Septemsolia, lo mismo que sobre los barrios míseros y las avenidas burguesas de nuestros días, la noche de los tiempos no se desvanece con la luz amarilla que despiden los doblones y onzas, ni con la que vierten las ventanas de los palacios en fiesta, ni con la que encienden en busca de la justicia sola y desmedrada las casas humildes de falsas predicaciones. La única luz que desvanece estas tinieblas es la que despide esa cruz que puso sobre Roma, en un tiempo de honda calamidad, el Papa del Ghetto. Pues no vino esa luz verdadera de la prosperidad que todos reclamaban, sino del dolor que produjo la soberbia de quien quiso abolir la injusticia. Y así, del mayor dolor y de la turbación más honda, salió la más alta verdad de salvación.

La historia del Papa del Ghetto y de sus días romanos, es la historia de siempre. Hasta el día en que suceda el reinado que no tendrá fin.

José María Souviron.

## NOVEDADES ORBE

### ESCRITORES IBEROAMERICANOS DE 1900

por Manuel Ugarte.

El gran escritor continental recuerda en su última obra a la más brillante generación de América. La obra maestra de la literatura americana. Cartoné ..... \$ 22

Cabo de Hornos, por Francisco A. Coloane. (Segunda Edición). Una de las mejores obras nacionales. Cartoné .... 25

Mapu, por Mariano Latorre ..... 22

Panoramas Evangélicos, por Bernardino Abarzúa. Gran edición de lujo ..... 25

Próximamente:

### EN EL VIEJO ALMENDRAL

por Joaquín Edwards Bello.

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1943

### LECTURAS DE LA BIBLIA

por Carlos Silva Vildósola.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Despacho contra reembolso, libre de franquico.

EMPRESA "ORBE" EDITORES

Casilla 1316

Santiago

Una empresa chilena al servicio de los escritores chilenos y americanos.

## CRISTAL DE LIBRERIA.

**“CATALINA DE ARAGON”, por Garrett Mattingly. — Editorial Sud-Americana, Buenos Aires, 1942.**

Discípulo del celebrado hispanista Merriman, profesor de la Universidad de Harvard, el autor de esta notable biografía ha realizado una larga y paciente investigación en los archivos de Europa hasta afianzar sobre base auténtica el contorno del personaje de su estudio. Nada de disquisiciones eruditas, ni exhibición cargosa de fuentes y documentos, sino un persistente hálito de vida es lo que con singular talento y sensibilidad sabe presentar al término de su tesonera búsqueda. Catalina de Aragón, figura no penetrada hasta ahora por la historia seria, aparece así descubierta con acentos muy propios y atrayentes. De cultura sobresaliente y amiga de humanistas de nota como Tomás Moro y Luis Vives, trae en su alma rasgos de selección, dignidad y nobleza que descubren su innegable vínculo espiritual con esa gran mujer de todos los tiempos, su madre, Isabel la Católica. Acaso lo que en ella más impresiona es la continuada fidelidad a su marido y a la causa de Inglaterra, aun a costa de hondos sacrificios. Amaba la alianza de ésta con España y por ella trabajó incansablemente. Pero era de tal manera leal a su patria de adopción que desdeñó toda intriga para detener el camino que se siguió en contra de sus ideales. Aun frente a las humillaciones de que fué objeto por Enrique VIII, cuando la repudió por Ana Bolena, tuvo siempre en la boca la negativa a toda insinuación de revuelta contra el rey corrompido y hereje. Le parecía atroz derramar sangre inglesa por su causa; creía a Enrique bueno en el fondo y sólo mal aconsejado y tuvo la sostenida ilusión de que la voz del Papa iba a ser capaz de enderezarlo. Mujer medieval, anhelaba detener la revolución moderna que venía a hacer trizas la unidad romana del mundo cristiano y a amenazar la eterna salvación de sus súbditos ingleses separados de la confesión de Pedro. Quería por todo esto y por salvar también el prestigio de la Iglesia de Roma, indefectible en la fe, que el Pontífice se pronunciará sobre la legitimidad de su matrimonio, causa inmediata de la honda revolución. Pero el Papa-rey, comprometido más de lo deseable en intereses temporales, tardó cinco años en hablar y cuando llegó su palabra fué demasiado tarde. La historia había ya franqueado una etapa decisiva e Inglaterra se aislaba de la comunión romana.

Garrett Mattingly ha movido con singular talento el fárrago enmarañado de los hechos, dando al relato un atractivo cautivador. Diplomáticos sutiles y zorrunos, cortesanos venales e incontinentes, y hombres de fe resuelta hasta el martirio, van alternando en bella armonía por las páginas de este

libro delicado y utilísimo. A Ramón de la Serna se le debe una gratitud especial por la deliciosa y fluida traducción española que de él nos ha ofrecido, y no menor a la Editorial Sud-Americana que ha puesto en juego el proverbial refinamiento de sus prensas para dar el merecido realce a la obra.

**Jaime Eyzaguirre.**

**“LA IDEA DE UNA SOCIEDAD CRISTIANA”, por T. S. Eliot.  
Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1942.**

Contiene tres conferencias dictadas por el autor en el Corpus Christi College de Cambridge. En una forma original e interesante aborda el problema de determinar lo que representa, en nuestro mundo actual, la idea de una sociedad cristiana. No pretende realizar un trabajo acabado, sino que solamente plantear la discusión precisando algunos conceptos básicos, por desgracia muy olvidados u oscurecidos por las pasiones del momento. “Los términos corrientes que empleamos para describir nuestra sociedad, el contraste que presenta con otras sociedades, y que nos permite a nosotros —los de las “Democracias Occidentales”— hacer su elogio, sólo operan como estupefacientes. Hablar de nosotros como de una Sociedad cristiana en contraste con la de Alemania o lo de Rusia es abusar de los términos. Queremos significar únicamente que tenemos una Sociedad en la cual nadie es castigado por profesar formalmente el Cristianismo, pero nos ocultamos a nosotros mismos el conocimiento desagradable de los valores reales que rigen nuestra existencia. Además, nos ocultamos a nosotros mismos el parecido que existe entre nuestra sociedad y aquellas que execramos: porque tendríamos que admitir, si aceptáramos el parecido, que los extranjeros hacen las cosas mejor. Sospecho que en nuestra aversión al totalitarismo hay una buena parte de admiración por su eficiencia”.

“Lo que el mundo Occidental ha defendido —y con ello quiero significar los términos a los cuales ha atribuído santidad— es el “Liberalismo” y la “Democracia”. Los dos términos no son idénticos ni inseparables. El término “Liberalismo” evidentemente es el más ambiguo y el que ahora goza de menos favor; pero el término “Democracia” está en la cúspide de la popularidad. Cuando un término ha llegado a ser universalmente santificado como ahora lo es el de “democracia”, me pregunto si entraña excesiva significación. Quizás ha llegado a la posición de un Emperador Merovingio y allí donde se le invoca, echa uno miradas alrededor tratando de ver al Mayordomo de Palacio. Algunas personas han llegado hasta a afirmar como algo evidente en sí mismo, que la democracia es el único régimen compatible con la Cristiandad; por otra parte, la palabra

“no ha sido abandonada por los simpatizantes del gobierno de Alemania. Si alguien atacara a la democracia, quizá pudiera descubrir lo que la palabra significa. Indudablemente, en cierto sentido, Gran Bretaña y Estados Unidos son más democráticos que Alemania; mas por otra parte, los defensores del sistema totalitario pueden sostener que no tenemos democracia sino oligarquía financiera”.

Como podrá apreciarse por los párrafos transcritos, T. S. Elliot plantea la discusión en un terreno verdaderamente objetivo y sincero, sacudiéndose de las tristes exageraciones de los que, arrastrados por su pasión alrededor del problema de la guerra, pierden todo control y toda lógica con grave desmedro de la verdad.

Por desgracia, una deficiente traducción del folleto que comentamos, hace a veces difícil comprender el pensamiento al autor.

P.

**“LORD COCHRANE”, por Enrique Bunster. — Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1943.**

En realidad, como lo afirma el autor en el breve prólogo de su trabajo, es la primera vez que en Chile se aborda un estudio biográfico del gran marino que cooperó tan eficazmente en la obra de nuestra independencia. El estudio no es, sin embargo ni definitivo ni completo. Se pone largamente a contribución las memorias de Cochrane, del general Miller y de Mary Graham, fuentes de primer orden, pero se olvida la indispensable consulta de la réplica de San Martín a los cargos del ilustre marino en su actuación en el Perú. El cuadro de Chile de aquellos tiempos, y la psicología de sus principales hombres se pasa con cierta superficialidad y rapidez. Además el autor se ocupa tan sólo de la vida de Cochrane en Chile y el Perú y poco o nada dice de su origen y juventud y de los servicios que prestó posteriormente al Imperio del Brasil. No revela tampoco el autor mucho sentido crítico frente a los datos que le suministran las obras que ha consultado; y así vemos que repite el error consignado en la traducción de las Memorias de Miller de adjudicar los inexistentes apellidos Díaz-Cajigas a una beldad de Valparaíso que aparece entre las asistentes a una fiesta dada en honor del Almirante.

Aunque rápida y superficial, esta biografía de Cochrane se lee con agrado. El autor maneja la pluma con flexibilidad, sabe aprovechar las anécdotas de colorido y logra así hacer liviano el relato. Hay en la obra un esfuerzo simpático, aunque no haya sido plenamente logrado en todos sus objetivos y su lectura agradable no contribuirá a deformar la visión histórica del personaje.

J.

**“EL ASALTO A LOS POLOS”, por Roger Vercel. — Editorial Difusión Chilena. Santiago de Chile, 1942.**

Es una obra escrita con una poesía simple y pura como el alma de los aventureros del Polo. Desde San Brentano, el monge que dijo misa en una catedral de hielo y elevó sus plegarias sobre el lomo de una ballena, hasta la moderna ciudad edificada por los hielos de Byrd, se suceden las aventuras y penas del sinnúmero de individuos que pretenden penetrar el misterio de las dos puntas de la tierra, misterio que en el curso de los siglos se desvanece, terminando por saberse que el ansiado y solitario Polo Norte no es sino que un pobre hielo flotante de algunos metros de profundidad, y el Sur la cima eternamente helada de una montaña casi plana.

Para el lector que desconoce la historia de todas esas aventuras, surge esta obra, —realizada, por lo demás, con el conocimiento preciso de la vida de cada uno de los exploradores y un acopio de datos hasta hoy nunca reunidos—, surge esta obra como la prueba más alta de lo que el hombre puede realizar en esas tierras o más bien esas aguas, que son un obstáculo frío, quemante, hórridamente solitario para toda voluntad; gigante helado, aparente guardián de alguna alada doncella o de un precioso elixir de vida. Esa serie de hombres fornidos y fieros pechos lucharon y murieron por vencerlo hasta que, transformado el ideal en un simple torneo, como un steeplechase inglés, se dieron cuenta que el gigante sólo guardaba su propia grandeza y soledad relegado definitivamente a los extremos del mundo después de haber poblado la mente de todos los niños. La obra de Vercel no es sino un largo cuento de niño que duró siglos y cortó las vidas de intrépidos navegantes, todos los cuales dieron un nuevo paso para que la ciencia conociera verdades de astronomía, mineralogía y geografía y para que los hombres aprovecharan su camino para acortar las rutas de comunicación.

C.

**“JUAN EN CHINA”, por Eric Linklater. — Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1942.**

Es un libro escrito por un anglo-sajón. Teme por tanto el duro color de la realidad y busca en ella los tintes extraños y los aspectos frívolos. El autor quiere ser un continuador de Byron así como su personaje es un descendiente de Don Juan, es decir, del don Juan de Byron. Más que una novela, esta obra es la expresión de un personaje: Juan, detrás del cual se perfilan incoloros los otros personajes y el extraño ambiente.

Juan llega a China después de una serie de experiencias en una colonia nudista y otros lugares exóticos; llega a un Shanghai cosmopolita, bombardeado e inerte y desde entonces se pierde todo contacto con la realidad cotidiana para

entrar en un caos frívolo y simpático a su modo, ajeno a toda la tragedia y vulgaridad, de una China vista a la luz del sol, herida y miserable.

El deseo máximo del personaje consiste en deformar el contorno de lo real y expresarse a sí mismo en un mundo monstruoso, de caricatura y vivir allí como en un sueño de opio. A través de la obra fluye un fino humorismo al estilo de Wilde, aunque sin la agilidad frívola ni la penetración psicológica de éste.

Digimos al principio que era un libro escrito por un anglosajón, porque es característica propia de este pueblo su tendencia brumosa para deformar la realidad; aun en el comfortable humorismo de Chesterton hay un dejo de irrealidad, los personajes salen o se pierden en la bruma... Aquí, en el cuadro exótico de Oriente con sus aglomeradas algarabías, sus templos llenos de dioses, sus complicadas intrigas y aventureros blancos como desplazados de su mundo, nuestro personaje, añorando siempre el confort británico, corre arriesgadas aventuras como quien juega a los bandidos, habla del amor y hace declaraciones de principios.

En resumen, una obra de singular encanto, escrita por un hombre inteligente y de humor, pero carente de todo colorido; es una creación que pudiéramos llamar esencialmente cerebral desplegada sobre un fondo gris como un día de bruma en los mares del Norte.

**“MANUAL DE SOCIOLOGIA”, por Morris Ginsberg. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.**

Dice la advertencia preliminar que el autor —que lo es de muchas otras obras— es “uno de los maestros universitarios más eminentes de la Inglaterra contemporánea”, titular actualmente de la cátedra Martin White y gran propulsor del cultivo de la Sociología en la enseñanza universitaria.

El título de la obra puede llamar a engaño, haciendo creer que se trata de uno de sus libros en que se exponen las principales cuestiones sociales prácticas y se analizan las soluciones conocidas: la cristiana, la liberal y la marxista. (¿Hay alguna otra?).

Pero no es eso; estamos frente a un libro universitario en el mejor sentido de la palabra: hondo, sereno, bien ordenado y claro. No trata de problemas prácticos sino que va a las raíces.

Empieza por discutir en un largo capítulo la definición misma de la Sociología y sus métodos, de la sociología posible y real, según se refiera a la sociedad humana, o a las sociedades o pueblos, distinguiendo en éstas los puntos y las comunidades. Como se ve, empieza por el principio.

Lo mismo hace en todos los demás capítulos. En el segundo aclara y define los manoseados conceptos de cultura,

sociedad y civilización, abriendo grandes horizontes, que muestran la complejidad del problema social.

Los capítulos III y IV examinan algunas de las condiciones que regulan la vida de las comunidades, estudiando en uno la influencia del medio físico y de la raza, y en el otro, analizando aquellos elementos de la naturaleza humana que más pesan en las relaciones sociales. El siguiente trata de los principios generales de la organización social, reflejados en el desarrollo de las comunidades políticas, y, además, de los varios tipos de control social. El capítulo VI se ocupa de la estructura de las clases y de la organización económica. En el VII se ve el desarrollo de la moral, la Religión y la ciencia y su influencia en la sociedad. Y por último plantea la cuestión de las relaciones, esas diferentes esferas de la vida social e indica las tareas futuras de la sociología.

Más que un Manual, es una Filosofía Social. Muy clara, muy erudita, muy serena. Para el lector cristiano, tiene profundos vacíos. El criterio general del autor es muy sano, pero influenciado por un evolucionismo moderado y por un naturalismo absoluto.

O. L.

**“RANQUIL”, por Reinaldo Lomboy. — Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1942.**

Esta obra lleva un subtítulo afortunado: “La novela de la tierra” y es en realidad la primera novela nacional que merece llevarlo.

Lomboy es un nombre nuevo en nuestra novela, y su primera obra nos entrega a un recio novelista cuya sensibilidad vibra por entero ante la atracción fuerte y maternal de la bravía tierra chilena.

Ránquil es una obra de apasionado estilo, los personajes quedan como las figuras de un bajo relieve, el verdadero personaje es la tierra misma, femenina y fecunda, la tierra madre, conquistada por el hombre como se enamora a una muchacha esquiva. Es la tierra generosa herida por el arado, es la selva derribada por el hacha, es la tierra yerma por la sequía, castigada por la nieve y las heladas, barrida y revuelta por el jugueteo trágico del viento cordillerano, por la temible travesura del “puelche” que derrama la cosecha y trae la nube a destiempo.

La sensualidad misma huele a hojas secas y a pastos derribados, no es el vicioso placer del hombre de la urbe, sórdido y despreciable en su miseria viril, sino el empuje inevitable de la fecundidad del mundo arrastrando con las savias de la primavera al hombre y la bestia. El amor hecho fecundidad de tierra aun para el hombre mismo con toda la fuerza de los ríos despeñados y que, en una época ansiada por la

mujer y el hombre, se santificará bajo la bóvedas del cielo "con la llegada de las misiones capuchinas".

Eduardo Lomboy ha logrado la expresión de la tierra, tal vez porque ha aprendido a amarla. Ha cogido la vida misma del hombre en su coloquio endurecido de montaña. El lenguaje sobrio del hombre campesino ha sido captado sin exageración, porque ha sido cogido el pensamiento mismo en su tosca simplicidad.

Hay en la obra una sensación de dispersión, el argumento convencional de la novela de tipo burgués queda diluido en los grandes cuadros de fuertes contornos esbozados sin sutilezas ni delicados matices, muchos se sentirán defraudados, porque la mujer fatal de la obra no ocupa sino un capítulo para ser olvidada luego por las tragedias más vitales y nobles del campesino, la tierra sureña dura y esquiva no permite amantes rivales, ella sólo debe ser la preferida y son más importantes para el hombre sus lomas cubiertas con la mies madura y los tormentos de la sequía que la obsesión de unos ojos de mujer.

También soporta como las frescas brisas de la tarde en esta obra, la queja doliente del indio y de la selva; sólo para el que la ha conocido puede ser comprensible la sensación inmensa de solitaria tristeza que ocultan los atardeceres de la tierra sureña. Esta sensación nos impregna en la lectura de ese relato lírico al estilo de Eustaquio Rivera, que es "lo que sabe el Bío-Bío": es la historia de la tierra y del hombre que nació con la tierra, de la grandeza y el dolor del indio que se ahonda en el pasado: "Terciado el cuerpo al pecho, en ocasiones los caciques le arrancan sordos sonos: era el llamado del nguillatún, la convocación a la guerra, el clamor de un pueblo libre para crecer y para morir. Entre marañas de troncos de cipreses y de robles, cuerpos morenos seguían detrás de las vizcachas, cazaban huillines o armaban trampas a los coipos en los esteros de las planicies. La caza del hombre no entraba todavía a la tierra que Dios rasgó en hispidas rocas y enmarañó de selvas". Pero un día..." Esta es la frase con que comienzan las sorpresas que despara la historia, el día oscuro, la enrucijada del dolor del hombre.

Un día a los campesinos se les dió en propiedad la tierra y trabajaron y vivieron en la ilusión de lo suyo... y otro día fueron despojados de ella y no comprendiendo esta burla, ellos lucharon inútilmente y fueron arrojados de nuevo en los caminos del destino donde se sufren el hambre y la sed de la justicia. Tal vez el autor al contacto real de esta ofensa al hombre reacciona con violencia exagerada para algunos, pero el despojo de los pobres por el rico enciende siempre un clamor de fuego en los corazones abiertos.

El alma inclinada de un gran artista sobre el dolor callado y ceñudo del hombre que no tiene palabras para su clamor, nos lleva al final de la epopeya trágica del levantamiento "comunista" de Ránquil: "Llevaron los fugitivos por los caminos la amargura azorada de los perseguidos, aleján-



dose del imperio de las sierras donde les negaron la razón a balazos. Azotados ahora por los vientos con gargantas de vidrio de las tierras planas, o inclinados sobre el arado en una tierra que no es la suya, ocultan los ojos bajo los párpados para que no les duela el fulgor que una renovada esperanza ha ido encendiendo. Fueron vencidos y andan fugitivos, pero se saben vencedores y libres: ya jamás nunca volverá la fuerza a embestir ciega y despiadada contra la humildad campesina, porque los campesinos han sabido morir para señalar el camino por donde va el hombre al encuentro de su dignidad".

No pretendemos afirmar que "Ránquil" sea ya una obra maestra carente de defectos, hay todavía cierta flojedad en el conjunto, no siempre el gusto es seguro y, como decíamos anteriormente, da una impresión de dispersión en el argumento al principio para reducirse después únicamente al relato de la sublevación campesina y a los discursos ideológicos que son extraños en bocas tan parcas de hablar como las de nuestros hombres del sur

La influencia de otros novelistas americanos no nos parece extraña en la obra. Partes hay que nos recuerdan de improviso a las páginas de Alegría, de Rivera o de Azuela. Pero hemos encontrado en Lomboy un novelista de América que se presenta en su primera obra con toda la fuerza nueva que esperamos de nuestros novelistas y de nuestros poetas: con la voz potente de un bardo de América. Con su mirada inteligente y su abierto corazón esperamos de ellos un primer esbozo del camino definitivo hacia lo nuestro.

Jorge Fuenzalida Pereyra

**"LA IGLESIA EN LAS ENCRUCIJADAS DE LA HISTORIA",**  
por Godefroi Kurth. — Editorial Difusión Chilena, Santiago de Chile, 1942.

No siempre se encuentra en nuestra época un intelectual que al tratar el discutido tema de la historia de la Iglesia lo haga con libertad y sin prejuicios en pro o en contra de tal o cual actitud. La vida y trayectoria de la Iglesia para los ojos de la sola inteligencia natural carece de continuidad lógica y una síntesis bajo ese punto de vista adolecerá siempre de algún defecto que la dejará trunca. Sólo una inteligencia iluminada por la fe podrá penetrar en parte la paradoja constante de la Iglesia. Sólo con los ojos de la fe se podrá percibir que Cristo sostiene a la Iglesia, Su Esposa, a pesar de todos los esfuerzos de los hombres por darle un sentido, una continuidad, una especie de eternidad humana; y la sostiene en un abrazo misericordioso y desconocido para nuestras miradas. "Señor, no Os pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal". Mientras los primeros cristianos creían que la nueva Iglesia se desenvolvería dentro de la Sinagoga,

San Pedro tiene la visión de Joppé; cuando la Iglesia creía que su estabilidad dependía del Imperio Romano, Clodoveo, rey bárbaro, es bautizado por el Papa; mientras se creía que la Iglesia caería dentro de las determinaciones del feudalismo aparecen los conventos de Cluny y otros donde se encierra el espíritu cristiano gestando su florescencia en el Siglo XIII. Así, a través de la historia occidental, la Iglesia se hiergue sin saber en qué forma de la tribulación y la decadencia para continuar un camino escrito en el misterio divino.

Godefroid Kürth interpreta el papel que asumió la Iglesia en momentos que, según su concepto, eran encrucijadas de la Historia, haciéndonos sacar la conclusión arriba anotada.

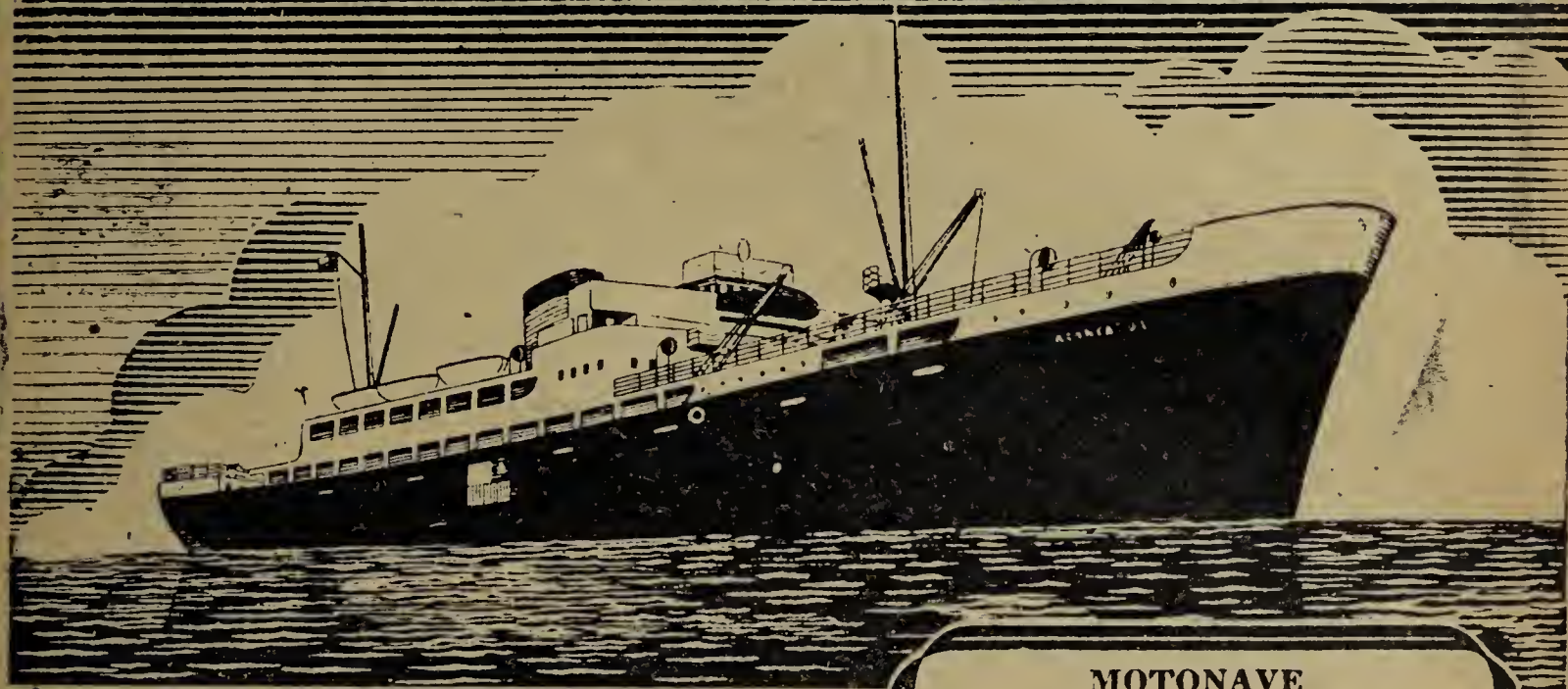
La Iglesia, en su acepción más sobrenatural, tiene y tendrá siempre una sola línea, una sola definición; jamás podrá comulgar con los príncipes de este mundo. La forma como actuará dentro de los problemas históricos contingentes depende de muchos factores referentes a la personalidad de los que la gobiernan, al lugar que ocupa dentro del consorcio de las naciones, etc. Sabemos únicamente que ella persistirá aunque sea con unos pocos.

En la obra que comentamos, el estilo es claro, las ideas están expresadas con fluidez, lo que da lugar a una fácil penetración del texto, la recomendamos a los estudiantes que quieren profundizar con verdad el papel que asumió la Iglesia en momentos tan culminantes de la historia occidental como el feudalismo, el neoesarismo, el renacimiento y la Revolución Francesa.

C.



# NAVES DE CHILE



## MOTONAVE

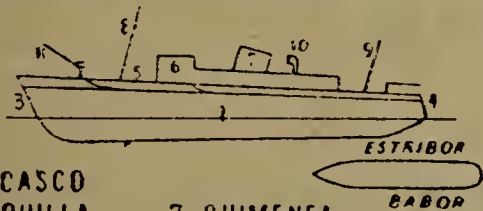
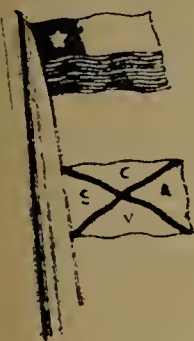
### COPIAPO

**Fecha de construcción:** 1937  
**Astilleros constructores:** Nakskov Skibs. A. F. (Dinamarca)  
**Tonelaje:** 10,500 toneladas  
**Eslora:** 440,5 pies - **Manga:** 58,3 pies - **Puntal:** 29,7 pies.  
**Sistema de propulsión:** Motores a petróleo tipo Diesel.  
**Velocidad:** 17 nudos por hora.  
**Capacidad de carga:** 5,436 toneladas.  
**Capacidad para pasajeros:** 140 en ambas clases.  
**Oficialidad y tripulación:** 95 hombres, en su totalidad chilenos.  
**Viajes a que está destinada:** Valparaíso-Nueva Orleans e intermedios.  
**Países que toca en cada viaje:** Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Cuba y EE. UU.  
**Número de viajes al año:** 10 viajes redondos. (Valparaíso - Nueva Orleans-Valparaíso)  
**Puerto de matrícula:** Valparaíso.

**ARMADORES**

" LAS NACIONES DEBEN  
 " SER DUEÑAS DE SUS  
 " TRASPORTES PARA CON-  
 " SERVIR LA INTEGRIDAD  
 " DE SU SOBERANIA".

(Stuart Mill)



- |            |                    |
|------------|--------------------|
| 1 CASCO    | 7 CHIMENEA         |
| 2 QUILLA   | 8 PALO MAYOR       |
| 3 PROA     | 9 PALO DE MESANA   |
| 4 POPA     | 10 CACHIMBAS       |
| 5 CUBIERTA | 11 GRUA O PESCANTE |
| 6 PUENTE   |                    |

# CIA. SUDAMERICANA de VAPORES

Chilean Line

# **YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.**

**BOLSA DE COMERCIO  
CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO**

**T. E. RODRIGUEZ B.  
J. A. BARDELLI A.**

**B. YRARRAZAVAL R.  
S. YRARRAZAVAL L.**

**Cables: YRAVI — Casilla 8003 — Teléfonos: 60106, 69107,  
68695 y 84161.**

**El mejor tónico cerebral**

# **“FITOSAN”**

**del INSTITUTO SANITAS**

**A base de fósforos, calcio  
y magnesio.**

# **“EL CHILENO”**

**DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE**

**Base ideológico-social: las normas pontificias.  
Independiente de todo partido político.**

**Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo  
extranjero.**

**OFICINAS: ROSAS 1281**

**EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION**

**NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:**

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores **CORREDORES DE PROPIEDADES** en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

**DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE**

Banco de Chile

**CONFIANZA**

Segundo Piso

Imprenta "EL ESFUERZO"  
Eyzaguirre 1116

**Precio: \$ 5.00**



